

Carlos Vattier

NOCHE  
DE LOS

Judíos



ediciones **ercilla**

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

11 (1103a-15)

Carlos Vattier es uno de los nuevos valores literarios chilenos. Posee dotes que lo distinguen en el conjunto de la literatura de su patria, tales como la observación irónica, la descriollización en su sentido pictórico, la audacia imaginativa y la gracia en el decir. Es, indudablemente, un degustador literario, un narrador de verdadera animación.

Su libro "Cuentos para gente simpática" (1938) constituyó un verdadero triunfo, sobre todo el relato o evocación titulada "Agenda 1900", en donde luce Vattier, de modo especial, las cualidades que hemos apuntado.

Este nuevo libro "Noche de los judíos" refleja el progreso de Vattier en la técnica del relato. A él concurre con su fidelidad de retratista, su humor de caricaturista, su auténtico ingenio (que es una mezcla de "esprit francés" —acaso por linaje— y, al par, de socarronería criolla) y un agudo sentido de lo dramático sin concesiones al mal gusto, dentro de una sobriedad que contribuye, por eso mismo, a hacer más intenso el patetismo de sus narraciones.

ERCILLA.



COLECCIÓN  
CONTEMPORANEOS

NOCHE DE LOS JUDIOS

## OBRAS DEL AUTOR

*Barula*, 1931. (Novela.) Agotada.

*Cuentos para gente simpática*, 1938, Edit. Nascimento.

*Noche de los judíos* (Cuentos) Edit. Ercilla.

### PROXIMAMENTE

*Propio del hombre*. (Poesía.)

*Morir a las seis*. (Seguido de "El cielo es el mar".  
Novelas.)

*Cuaderno en limpio*. (Infancia)

CARLOS VATTIER

35140

# NOCHE DE LOS JUDIOS



EDICIONES ERCILLA  
SANTIAGO DE CHILE

1940

Es propiedad.  
Registro N.º 7321

— —  
**COPYRIGHT** by  
ED. ERCILLA, S. A., 1940.

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A. — Santiago de Chile

FABRICACION CHILENA

PRINTED IN CHILE



*Profond est le puits du passé. Ne devrait-on pas dire qu'il est insondable?*

*L'essence mystérieuse qui recèle notre propre existence, faite de jouissances naturelles et de misère surnaturelle.*

THOMAS MANN.

(Prélude. *La Descente Aux Enfers.*  
"Les Histoires de Jacob".  
"Die Geschichten Jaakobs".)



NOCHE DE LOS JUDIOS



VISITACION

de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS

JUL 24 1940

DEPÓSITO LEGAL



La luz del farol atraviesa el verde tenue de las hojas. La señora Steinmann alcanza a mirar desde la cama el brillo teatral del árbol que sirve de toldo a un basurero al pie de su ventana. Y no sabe por qué la invade la sensación de algo asfixiante, inhumano. Cada vez que cierra los ojos, se va por una arboleda, bajo la luz húmeda de las estrellas. Pero no logra conciliar el sueño. El calor del día se ha adherido a las paredes del cuarto como en un horno de barro. ¡Qué primavera tan temprana y tan desesperada! Si no hubiese otros durmiendo tranquilamente bajo el mismo techo, ella podría cerrar la ventana y librarse siquiera de la horrible ferralla de los tranvías nocturnos; amortiguar todos los ruidos que llegaran a tener formas y colores en el desasosiego del insomnio. ¿Si se quitara la frazada? Cualquier pequeño movimiento puede ser la salvación en una noche así. Como un sudario poroso, la sábana moldea el cuerpo ancho y trabajado de la señora Steinmann. Entonces son diez minutos de playa, entre gente rica, limpia, fresca como una copa de helados a la orilla del mar. ¿Será posible que no le quede ya ni la felicidad inofensi-

va de un buen sueño? Porque ha despertado tiritando y el lienzo se le pega con un sudor frío. Vuelve a taparse con el sucio cobertor que le ha servido tanto en los puentes de esos barcos cargados de emigrantes, como de bestias en cuarentena. Su grueso cobertor es como el pelaje invernal de los animales, pues ella no ha tenido nunca segura ni la cama, esa cama que la ley comienza a llamar sagrada, cuando está en el medio de la calle. La señora Steinmann permanece mucho tiempo con los ojos enormemente abiertos. Sus pupilas fijas han creado un punto hipnótico que fluctúa como una luciérnaga en la penumbra. No se diría que piensa o acaricia el dulce fluir de las imágenes. Hace años que, en su cerebro, se ha llenado de una densa y dolorosa materia el espacio abierto al aire ligero de las ideas. Su cabeza rechina como un hondo cajón de despensa: pan, leche, carne, aceite.

Le cuesta apretar los ojos endurecidos. ¿Qué hora es? Sería inútil saberlo. El tiempo del desvelo enloquece a los minuterios, como enloquecen a las matemáticas esas cuentas falsas y precisas que sacan los clowns. De repente, la señora Steinmann siente como si toda su historia se le agolpara entre las sienes con una terrible clarividencia. Es un segundo, un segundo que deja mucha lavaza, mucho carbón, un miedo encallecido y algunas flores secas que podrían ser la leyenda de su juventud. El calor aumenta. ¿Si esta atmósfera compacta se deshiciera en una lluvia torrencial? Pero hoy no habrá paz. Los ratones corren por el entretecho, con todo el peso de sus vientres elásticos y musculosos. Empiezan a roerle los nervios desde la raíz. Ella sabe lo que son las chinches

gordas en los asilos de noche y las pulgas furiosas de los negros hoteles vecinos a las estaciones; pero la crispa el trabajo agudo e invisible de una rata. Lenta, solapadamente: así va destruyéndose hasta lo que pareció ser la verdad. Alguien sube a trastabillones por la escala empinada. Debe ser el borracho barbudo que imita cantos de pájaros al amanecer. Molesta demasiado, pero es el único que les sonríe en la casa. Y la sonrisa se le disuelve en la boca como un terrón de azúcar en un vaso de vino rojo. Un día lo hallarán muerto, con la misma cara de patriarca sinvergüenza. Ella asegura que el resto de los que trepan los cuatro pisos y se enronquecen pidiendo un jarro de agua por el tubo siniestro de la escala, lo compone esa gente gris que no disimula el júbilo fisiológico que le proporciona una invitación a comer. En la calle, muestran un aspecto satisfecho, hasta cortés. Y cómo aprecian las salidas solemnes de los matrimonios y las fuentes luminosas en los días feriados de fiestas patrias. Para matarles a ellos las tardes son las más largas conferencias sobre eugenesia o apicultura. Sólo que a algunos les ha costado diez años de trabajo embrutecedor el alivio de tener una camisa de más.

De pronto, se derrama por el cuarto una débil claridad. Cae desde lo alto del tragaluz de la pieza contigua, haciendo brillar las sombras. Llega en seguida un murmullo de oraciones. Luego la voz pierde el sonsonete místico y adquiere el de un monólogo quejumbroso. Es la vieja de la cofia, que descuelga a medianoche los cuadros de los santos y les cuenta sus más íntimas miserias. Les conversa hasta de cosas indecentes y contesta

por ellos con una seriedad dramática. De madrugada, lleva a la iglesia a los que tienen marcos más pequeños, para nutrirlos de divinidad. Lo cierto es que no ha tenido paciencia para esperar año tras año su paraíso tan merecido. Ella misma se lo ha creado. Un paraíso palpable, emotivo, pintoresco. Y nada la inquieta ya. Después de una hora larga, reina el silencio y se apaga el cielo de la vecina. La bulla de la calle ha cesado. La señora Steinmann busca ahora la compañía del menor ruido.

La inquilina de enfrente, mujer o tía de un funcionario público—vivencia tenebrosa de una chaqueta de alpaca—permitiéndole divisar por la puerta entreabierta los escombros de su madriguera, le advirtió el primer día que evitara todo roce con la prostituta del tercer piso. Después desapareció, dejando la impresión sedosa y polvorienta del vuelo de una polilla.

La señora Steinmann se pone a pensar en esta mujer que jamás ha visto. Ella las ha tratado en las terceras de los trenes internacionales y en los suburbios de las grandes ciudades. El destino las transforma en algo tan duramente corpóreo, que sólo tendrían la responsabilidad del objeto que nos hace tropezar y caer de bruces. Batidas como moscas y llamadas a gritos por todos los caminos que ciñen el planeta, allí están. Como fardos palpitantes, como blandos fardos, allí están. Vacías, fáciles, mudas. Dueña de su antigua virtud israelita, de su feroz virtud de cal viva, ella no puede despreciarlas. Hay un solo signo de persecución bajo el sol; una sola esencia de vida violenta. Y cada cual recibe su porción de



hiel, de acíbar o de vinagre. No, ella no debe despreciar a la prostituta del tercer piso. Su propio hijo la buscará a oscuras, sin mirarle la cara, cualquier noche de fuego. En devolución de su paga, ella le dejará el cauterio de ese mandato de limpieza profunda, que lo hará reconocible entre los suyos, como otra gota de agua exacta.

Aplastada, perseguida, vejada, la señora Steinmann no sabría manejar con destreza un par de frases. En su pobre carne están formuladas todas las reclamaciones. Forzada a la más ciega lucha, cuerpo a cuerpo, podría tal vez gritar que la elocuencia y los buenos sentimientos son los efluvios de los estómagos llenos.

Ni el amor la sostiene. Ella experimenta la sensación de haber ido esparciendo a su esposo por todos los países, hasta que se quedó con su cabeza consumida entre las manos. Creando y sacando la vida del vacío, como un dios voluntarioso, se le ha convertido la astucia en un órgano condicionado a la hostilidad. Porque las llamas sagradas de su casta y sus altas murallas que sólo podrían desplomarse ante una música divina, no han sido todavía amagadas ni abatidas. Habilidad, argucia, sutileza, persuasión, perseverancia judía: qué finura tan vigorosa y tan eterna, por sobre los caballos que patean como hombres, por sobre las balas que muerden como dientes.

La señora Steinmann nunca pensó que hubiese también judíos ricos. En ello ha estribado gran parte de su resistencia. Y no tuvo que andar mucho para aprender que el pobre descansa al amparo del pobre. Acorralada en los ghettos desde niña, adjudicada de grande a un

barrio, siempre localizada, tiene una noción delirante de la libertad. Como casi todos los suyos, no siente tan sólo el cansancio de haberse filtrado en las masas cerradas de las ciudades, sino a través de todo el espesor de la tierra.

¿Cómo poder dormir? La señora Steinmann repite cien veces la cifra de sus economías. La estira, la reduce, la consume o la hace durar toda la vida. Otra mujer lloraría de temor. Las lágrimas parecíanle a ella una coquetería. Otra mujer rezaría. Raquel Steinmann piensa que es Dios quien lee en ella como en una vieja Biblia abierta.

Miel envenenada en Italia; pan de plomo en Polonia; vitriolo hasta los tuétanos en Austria; afrenta de estiércol, metralla de pus en Alemania. Y los ríos llenos de cielo, para que se lleven a los hombres puros y a las cosas santas. Y todo el mundo una estepa de alba y fuga por delante.

Hasta la bolsa para los siete objetos familiares, la bolsa rayada que fué la casa al hombro de sus mayores, ha sido vaciada en la puerta de la ciudad y cae al suelo en el primer albergue del viaje, como una vergüenza más. Parchada, blanda, humana, cuelga ahora de la perilla de un catre de esta pensión sospechosa, escondiendo en el fondo de sus entrañas algunos retratos benditos y esa ropa gastada que ha vivido ya una vida al calor de los cuerpos. Como un ahorcado o una carpa deshecha por la tempestad, cuelga la bolsa de esta perilla dorada, miraje de riquezas fabulosas para la señora Steinmann.

La puerta se abre sigilosamente. Entra Isaac. A la señora Steinmann le late el corazón con violencia, pero prefiere callar. Por el suspiro jadeante que le ha escuchado al entrar, comprende que su hijo viene extenuado. Y no tiene valor para interrogarlo. Mañana sabrá si ha encontrado trabajo. De todos modos, mañana ella tendrá también que seguir buscando trabajo.

Lo mira sacarse el overall y saltar a la cama con una graciosa agilidad. Dos años atrás, él se habría quedado dormido completamente desnudo en una noche tan sofocante. Pero los secretos de una vida calurosa y privada se revelan ahora en ese pudor que ha cortado en definitiva el cordón sanguíneo que lo ataba a su madre. Pues ella gozaba mirando el desnudo fuerte de su hijo, como un árbol que pudiese besar sus frutos.

El overall ha quedado tendido en el suelo, conservando en un rápido diseño las formas de Isaac. Mirándolo, la señora Steinmann se estremece. Ella ha visto en la masacre de un pogrom, al resplandor cortante de las bayonetas, diez cadáveres sin cabeza y vaciados así. ¡No, a su hijo, no! Sin embargo, presiente que le será imposible arrancarlo a su época de odio y de batalla, aunque su ternura la haga soñar que Isaac podría ver el mundo por sus ojos piadosos y cansados.

La señora Steinmann se levanta a taparlo. Isaac se ha dormido de golpe. Una respiración tranquila, como la del agua oleosa junto a los docks, imprime un ritmo de embarcación a su pecho amplio y pulido. El vino ligero del sueño de la adolescencia sonroja sus mejillas. El tinte oliváceo de la piel atenúa la frialdad de sus

facciones demasiado delicadas; pero los años acusarán más su nariz afilada, su labio inferior carnoso y el destello de sus ojos semitas. La señora Steinmann contempla con orgullo el rostro espiritualmente judío de su niño; ese rostro que, durante generaciones, podrá diluirse y circular como un agua secreta por las sangres más extrañas, pero que reaparecerá algún día, con una fuerza y una pureza de vertiente.

La señora Steinmann reposa con sólo pensar en él. Sufre al verlo mal alimentado, al saber que su esplendor juvenil extrae su savia únicamente de la alegría de tener dieciocho años, como de un viento quemante y endemoniado. Gesticulando, exagerando, apasionándose, cultivando en su interior la rosa de los vientos con mayor celo que nunca, él aprenderá todos los oficios. Y sobre todo uno: su oficio de judío. Pues, aunque en las plazas de esta ciudad sudamericana no haya bancos pintados de ignominia para él; aunque no lo crean descendiente de otro Adán; aunque los enigmas de Sion sean aquí secretos a voces, habrá siempre una valla sutil y una emboscada en acecho.

En la cama del lado duermen el abuelo Israel y la pequeña Esther. El pelo de lino de la niña se desparra-  
ma sobre un brazo del anciano, amorosamente tendido como una almohada. La barba blanca dá al sueño inmóvil del Rabino una solemnidad de pastor muerto cara al cielo. Es el depositario ritual de la fe que anima; el hombre litúrgico, el oficiante intocable de la familia. Orando y lamentándose cuando el texto bíblico lo requiere, con su gorra de caftán negro y sus triángulos sim-

bólicos, el abuelo Israel se transfigura en algo tan sagrado como la Thora o el Arca de la Alianza. Los Reyes y los Jueces son seres vivientes en su conversación. Y un goy es, de nuevo, para él, una cosa tan inmunda como la carne de cerdo. A ninguno de sus familiares se le habría ocurrido insinuarle siquiera que trabajase; pero él siente la fatiga alucinada de toda su tribu en pos de Moisés. Su sugestión religiosa es tan concreta y candente como los tumultos del Exodo.

El abuelo Israel custodia en su corazón, como un sacrario, el instinto de cielo de los suyos, mientras pasan las privaciones que los amarran a la tierra. La señora Steinmann mira su frente espaciosa y mármorea. Tras ella se dilata una llanura de sal, bajo el ámbito de la voz de Jehová. Junto a él, la pequeña Esther es la vara florecida de Aarón; la flor de hálito brillante, que vive sus días no menos livianos que el rocío y se cierra para dormir.

Tras una cortina llena de remiendos, colocada por la madre, para aislarla en medio del hacinamiento en que viven, duerme Sarah. Está en la edad en que cualquiera mirada suave la pone roja, y debe soñar que un joven rubio — siempre es uno distinto — la salva, en brazos, de un gran incendio...

El sueño es su único refugio. ¿Pues a qué sonaría la sola palabra amor entre tanta humillación? No obstante, por encima del hambre, su cuerpo se ha llenado esta primavera de mil yemas sensibles y prontas a estallar. Su madre la acaricia por todos los muchachos que

la rondarían por el parque, si tuviese otro vestido que no la avergonzara de ser mujer.

La señora Steinmann no halla cómo ponderar la belleza de Sarah, desde el día que el maestro de escuela de la aldea en que habitaban, hizo subir a su hija al pupitre, para explicarle a los alumnos que los rasgos fisiológicos de esa criatura sollozante, mostraban todas las características de la hidra judía. Y aquel hombre —lo más horriblemente puro posible— en medio de las carcajadas de los otros pobres niños, como un caníbal eufórico, dictó, sobre el modelo apetecible de su hija, la clase de zoología más asquerosa de que se tiene memoria.

El alba fluye como un agua azulosa y callada. Las estrellas van consumiéndose en una claridad tan delicada y transparente que ni el aire la absorbe. Cuando apagan los faroles, su presencia cristalina se difunde en los vidrios. Al cerrar la ventana, la señora Steinmann mira una ciudad casi inmaterial. Llena de las esperanzas que da la luz, su mirada dibuja una casa con el halo que confunde los contornos.

Acostada ya en la cama fresca, tiene uno de aquellos pensamientos inauditos que sólo nos asaltan en la soledad del amanecer. ¡Si pudiera hacer volver a sus hijos hacia ella, como se vuelve a la tierra! Sin muerte, sin dolor, milagrosamente. Pero al oír en su sangre la orden de marcha, dada a los suyos como a todos los hombres, se avergüenza de su renuncia.

Un día nos cierran los ojos, se dice la señora Steinmann. Y va quedándose dormida, respirando el aliento tibio y acompasado de sus hijos.

ABEL ENVEJECE ALGUNAS HORAS





Hacía frío, pero no tanto como el que su madre se empeñaba en obligarlo a sentir. Lo congestionaba la bufanda de lana que le había tejido, mas no se atrevía a sacársela delante de ella. En cuanto la vió desaparecer, después de haberla oído gritar desde la puerta esas recomendaciones maternas para morirse de vergüenza, se arrancó la bufanda con furia y el frío le produjo una franca sensación de alivio. Permaneció tanto tiempo solo en el salón de visitas que llegó a pensar que lo habían olvidado. Sin embargo, no se atrevía a llamar la atención sobre su presencia. Aprovechaba más bien aquel abandono momentáneo, como si fuese la última hora íntima de su vida. Helado, insensible, contemplaba la hilera de sillas que daba vuelta al cuadrado de la sala, con una estrictez militar. Su mirada tropezó con el Cuadro de Honor. Como un gran panel de oro, estaba dividido en pequeñas celdas, franqueadas por finas coronas de laurel. Allí habitaban las cabezas de los semidioses, los retratos de los querubes de la aplicación, cuyo Paraíso de medallas y Domingos sonrientes, le estaba vedado por una verdadera fatalidad. Tenía la certeza de que no po-

dría sustraerse jamás a su destino de mal alumno. Algo le decía en lo interior que su sabiduría estaba esperándolo afuera, en la calle. De pronto, escuchó la sonajera de un llavero y una voz desagradable:

—¿Dónde se ha metido ese niño?

Pero él no dió señales de vida. Fué en puntillas hasta la ventana y se asomó al vestíbulo con cautela. El portón estaba abierto de par en par. Intentó huir, para rogarle a su madre que lo dejara en casa o para perderse en la ciudad, lleno de odio. Pero se contuvo. Precedidos por el portero, entraban en ese momento dos hombres, llevando al hombro su cama y su vieja maleta. Qué feos y humillantes parecieron allí sus objetos familiares. Si él mismo hubiera tenido que conducirlos al dormitorio ante los ojos de sus compañeros, habría sufrido como si le exigieran contar en público sus cosas más privadas. No había alcanzado aún a reponerse de esta impresión, cuando oyó un portazo y vió venir al Inspector General. En un tono totalmente distinto al que le había hablado cuando fué a matricularse, llamó:

—Abel Rainer.

Entonces tuvo plena conciencia de su soledad. Se sintió perdido.

Atravesaron un pasadizo que daba acceso a los estudios de los cursos superiores. Era un cañón interminable, iluminado apenas por la luz crepuscular que se filtraba a través de unas especies de trampas de fierro, practicadas en el techo. Muy en el fondo, había un resplandor de incendio. Manaba del vitral de la capilla,

que repetía desde la fundación del Colegio una misma puesta de sol.

Sin cruzar palabra, detuviéronse en el estudio del tercer año. De pie en el umbral, había un castigado que se divertía haciendo morisquetas, en cuanto el Inspector miraba hacia otro lado. Abel entró en el preciso momento que lo sorprendían. En medio de su timidez, sintió que el chaparrón de amonestaciones caía también sobre él. Se puso colorado. Miró al Inspector como disculpándose y se dirigió al pupitre con ese atrevimiento desparvorido que da el temor. Tenía vergüenza hasta de decir su nombre; pero el Inspector General habíale ahorrado ya este sacrificio.

—Abel Rainer, elija cualquier banco libre.

Como conocía por experiencia propia la encarnizada crueldad que se dispensa tradicionalmente a los nuevos, hubiera querido llegar a su puesto por debajo de la tierra. No obstante, parecía que su víacrucis había sido postergado, pues su paso no provocó sino un murmullo de abejorros que paró de súbito con un puñetazo del Inspector en el escritorio. Desde lo alto de su tarima, como el Dios de la eterna vigilia, él lo miraba todo, sin fijarse en nada. Tras el grueso cristal de los lentes, sus ojos se alejaban hasta convertirse en un punto luminoso y obsesionante.

Abel sólo atinaba a esconder la bufanda. Era de un color violeta tan encendido y femenino que atraía el peligro. Su madre se la tejió con la lana sobrante del traje de una hermana. Abel presentía que iba a acarrearle la desgracia. Se puso después a abrir los libros. Estaban

todavía flamantes, como hemisferios sin descubrir. Al cabo de algunas semanas convertiríanse en algo tan sufrido y lamentable como su ropa de colegial. Con una curiosidad, mezclada de orgullo, Abel hojeaba las últimas páginas de cada tomo. Como un aprendiz de brujo, su imaginación se deslizaba sobre aquellos misterios que no desencantaría nunca hasta el extremo de que dejaran de serlo. Su aguda sensibilidad acortaba la dimensión de su conocimiento y lo hacía aprender como durmiendo.

Tocaron la campana. Su extraño sonido infundióle miedo y nostalgia. Era tan diferente a la de su antiguo colegio y no podía llamarlo sino a un nuevo purgatorio. A pesar del frío, cuando los niños se levantaron para salir a recreo, hízose más vivo aquel olor a cuerpo tierno y a tabla bruta lavada con agua. El viento estremecía al único árbol del patio y se colaba por el claustro. Las nubes corrían a parejas con los niños, para fundir su carga de lluvia.

Apoyado en una columna, Abel se mordía las uñas con desesperación. Hubiera querido conocer por ciencia infusa los nombres de sus compañeros; los sobrenombres de los maestros; las parejas inseparables; los grupos herméticos y los juegos del día. Que nada se le ocultara en aquel dédalo. ¡Oh! adivinar las consignas, tener un grado en aquella masonería y estar ya dentro de la cábala.

El había vivido en un gran desamparo entre los grandes, pues fueron siempre sus enemigos jurados. Y no los imitaba sino para vencerlos con sus mismas artimañas, ya que en el universo de sortilegio y fascinación

salido de sus manos, hallaba lo necesario y hasta lo excesivo para sentirse colmado. Pero estaba ahora a las puertas de su Cielo y no escuchaban sus llamados. Viendo que nadie se le acercaba, Abel decidió lo inaudito. Había reconocido al castigado que retó el Inspector cuando lo llevaron al estudio. Discutía con un calor de sabañones en el centro de un corrillo. Abel se le acercó, enrojecido hasta las orejas.

—Perdóname, le dijo. Si yo no hubiera llegado en ese momento, no te habrían visto.

El muchacho lo miró de alto abajo. La astuta delicadeza de Abel no lo había tocado. Sacando de los bolsillos sus manos sospechosas y manchadas de tinta, contestó:

—Siempre me pillan.

Hubo un silencio embarazoso. Abel sondeaba las caras indiferentes de los demás. Espiaba casi con impertinencia la de su interlocutor. Era un muchacho muy desarrollado, con unas ojeras inequívocas y un mechón díscolo sobre la frente. Lo seguían hasta el doblegamiento, porque era el más alto y sabía más cosas. Seguramente, las primeras viborillas de la adolescencia, aparecidas demasiado temprano en el clima inconveniente de su niñez, se le habían convertido en animales domésticos.

—¿Cómo te llamas? preguntó.

—Abel Rainer. ¿Y tú?

—Jorge Smith.

Y de nuevo el mismo silencio sin salida. Jorge volvió a romperlo:

—¡Abel Rainer! ¿Eres inglés o alemán?

—Soy... soy...

Abel temblaba.

—Soy lo mismo que tú.

—Mi abuelo era inglés, respondió Jorge. Tú arrastras las erres para hablar.

—Mi padre... Es decir, yo he hablado alemán desde chico.

—¿Y por qué te cambiaron de Colegio?

Abel mintió:

—Por mala conducta.

Uno de los muchachos hablóle a Jorge al oído. Este se impacientó y terminó el diálogo de una manera fulminante:

—Bueno, si quieres ser amigo mío, no te metas con los del "Cocodrilo".

—¿Qué es el "Cocodrilo"?

—El otro bando. El patio está dividido en dos.

Dicho esto, dió media vuelta y se echó a correr, seguido de sus satélites, como un general legendario. Había montado en un caballo visible únicamente para ellos.

Solo otra vez, Abel se halló tan insignificante que hubiera cometido una locura o la mayor vileza para hacerse notar. Culpó a su padre, a su madre, a sus hermanos. Los detestaba. ¿Qué se había hecho la ternura con que lo agobiaba su madre? ¿Dónde estaba aquella felicidad que parecía eterna y que fluía como un río tibio de las manos de su padre? Mientras él daba diente con diente, todos estaban en casa, conversando alrededor de la estufa, y sintiendo ese delicioso olorillo a comida, que los hacía correr a la cocina a destapar las ollas. Después

pondrían uno de los cinco únicos discos en la victrola que les había dejado en pago uno de los arrendatarios. Nadie cesaba de conversar, mas era la hora de la música. A las diez llegaría Mendel, el hijo de la nodriza, que vendía corbatas en los restoranes y estudiaba de noche para ser banquero. Y pensando que la cama abierta llama como un par de brazos abiertos, terminaría la velada con la discusión que se prolongaba ya como la famosa Querella de las Investiduras. "No, señores, los sefarditas son más finos que los esquenasis".

El cúmulo de recuerdos se le iba condensando en una sensación opresora. Aquel desfile de imágenes cálidas estaba pronto a derretirse en un mar de lágrimas. Abel se esforzaba por no llorar, pero retenía los recuerdos más dulces, con un verdadero placer de sufrir.

Tocaron la campana. En la pajarera del patio, escuchóse un griterío cerrado, como un adiós a todos los gritos. Después reinó el silencio, para cederle el paso a las voces de mando. El entusiasmo jadeaba en la recta formación de las filas. Pero todo llamado al orden sería inconsecuente; toda prisión, insegura; toda vieja ciencia, inútil. ¿Quién ha escrito el guía de soñadores para dirigir a los niños?

---

Apenas probó la comida. Y como no habían dado permiso para hablar en el comedor, lo exasperaban las ganas de conversar con sus compañeros de mesa, a quienes les regaló los arenques ahumados y la compota de

ciruelas que su madre le hizo llegar. Pero fué todo imposible. Del refectorio salieron derecho a la capilla. El último recreo quedaría suspendido indefinidamente, al menos que acabara de una vez el moscardoneo en las filas. Así declaró el Inspector de internos.

Los reclinatorios de la capilla estaban húmedos y la luz aceitosa de las lamparinas hacía bostezar. Seguros y ajenos a toda sentimentalidad, como los ángeles en la casa del Señor, rezando las plegarias de la noche, los niños hacían algo de más.

Subieron al segundo piso. La ancha escala de piedra quedó cerrada tras ellos con una reja recoleta. Abel sabía que lo habían ubicado en el dormitorio de los grandes. No tenía sueño, pero estaba rendido y quería cerciorarse luego de quiénes eran sus vecinos de cama. Entraron. Las ampolletas, protegidas por bombillas de alambre, reflejábanse a lo largo del linóleo encerado. Olía a unto de zapatos, a toalla húmeda y a jabón fenicado. Cada cama, con su baúl distinto a los pies, proyectaba en la atmósfera un cuarto inconfundible. Lo indefiniblemente repulsivo que había allí, se equilibraba con cierta sana brutalidad de dormitorio de regimiento.

Tenían sólo cinco minutos para desvestirse. Sonó la última palmada del guardián y apagáronse las luces. Quedaba tan sólo la débil bujía de la veladora. Como la obscuridad no se había adueñado del dormitorio por completo, las sombras planeaban sobre las cabezas de los niños, batiendo las alas, moviendo sus capuchones de aparecidos o desplegando sus mantos de mujeres



abandonadas. Era el momento álgido del paso de un mundo a otro; el asalto del ladrón en la frontera de la noche, que los iría despojando hasta volverlos sobrenaturales.

Por el declive de una inmensa explanada, con ellos se deslizarían también sus juegos dolorosos, sus palacios flotantes y sus jardines circunscritos en el aire. Hasta el otro campo, como una torre rodante, pasaría el recinto, de su vida, amurallado de altos vidrios. Y ellos seguirían dentro, provocándose el miedo; convirtiendo la imaginación en memoria; exigiendo un amor que les da lo mismo; prefiriendo la leyenda a la historia; siendo crédulos en la medida de que las mentiras de los mayores se adapten a su verdad.

Llovía. El aguacero rejurgitaba en las cañerías y se desgranaba sobre el zinc de los techos. De pronto, el viento desflocaba la trama del agua, que caía en seguida con un verdadero ataque de desesperación.

Abel se había dormido en el acto. En su sueño llovía también torrencialmente. El granizo hacía trizas los vidrios de los maravillosos insectarios y las mariposas aterciopeladas echaban a volar bajo el vendaval. El diluvio deshacía los herbarios como hojarasca de otoño y descoloraba los mapas, inundando sus continentes con la tinta azul de los océanos. Las estrellas de tiza borrábanse solas en el cielo negro del pizarrón. Todo cuanto le causó alegría o sorpresa cuando le mostraron el colegio, vagaba por su sueño con un designio de tristeza.

Despertó sobresaltado. Tuvo que luchar con la persistente visión del cuarto de su casa para asegurarse de

que no estaba allí. Entonces se le anudó la garganta y no contuvo más el llanto. Lloraba sin motivo preciso, porque la angustia se los había devorado todos. No sentía ya sino un malestar físico. A través de las lágrimas, vió una chispa roja que se movía siempre en el mismo sentido. Jorge Smith fumaba. Como al Angel de las tinieblas, se lo habían puesto a su lado casualmente. Los sollozos de Abel eran cada vez más fuertes.

—¿Por qué lloras?

—No sé por qué.

—¿Nunca habías estado interno?

—Nunca.

—Ya te acostumbrarás. A mí no me pasó lo mismo, pero no vine a entretenerme sino al mes.

—No, si no es eso...

—Bueno, no llores más. ¿Trajiste algo de comer?

Sofocando el llanto, Abel enjugóse los ojos con la sábana y contestó:

—Tengo chocolates en la maleta.

—Sácalos sin bulla y convídame uno.

Abel obedeció. Después se sentó a los pies de la cama de Jorge y le dijo con una voz entrecortada:

—Hoy te engañé. No quise decirte lo que era.

—¿Y qué eres?

—Mi padre dice que somos judíos.

—¡Judío!

El tono de la exclamación de Jorge revelaba que no había pensado en una raza mejor o peor, sino simplemente en la cualidad o defecto "judío", aplicable a cualquier nacionalidad. Abel aguardaba su respuesta con

inquietud; pero Jorge no le concedió mayor importancia.

—¿Para qué ibas a decirme que eras judío?

—Tienes razón. Además, a mí me gusta ser igual a todos.

Los judíos mataron a Cristo, decía el profesor de Religión. Cada judío perseguido me resucita a Cristo, decía el padre de Abel Rainer.

Jorge siguió el hilo de su pensamiento:

—Si no eres mezquino, ¿para qué ibas a llamarte judío?

Abel se conmovió. Mascaba y sollozaba, tragando lágrimas y chocolates. Jorge no podía comprenderlo. Sin embargo, le habló como a un hermano chico, acariciándole las manos con una torpeza de terranova enterrecido.

—Acuéstate, será mejor. Si llegan a pillarnos, se arma la grande.

Lo dicho. El muchacho que dormía junto a Jorge, los iluminó de improviso con su linterna.

—¡Qué diablo! He estado oyéndolos hace rato. No se lo coman todo.

Al saltar de la cama a recibir los chocolates, tropezó con el velador. La jarra del agua cayó al suelo, reventando como un explosivo. Los de sueño liviano despertaron sobresaltados. Las carcajadas nerviosas de Jorge eran incontenibles. Y comenzó la batahola. La mirilla de la celda del guardián se iluminó. Encendiéronse las luces como por encantamiento.

—¡Qué pasa aquí! ¡Qué escándalo es éste!

El guardián estaba ya en el centro del dormitorio.

Por más que Jorge empujaba a Abel con los pies, éste no se movía. Estaba fuera de sí.

—¿Qué hace ahí, señor Rainer? Las camas son para una persona en este Colegio. ¡Y esto el primer día! ¡Muy bonito! Es demasiado tarde para averiguar nada. Mañana se presentará a primera hora en la oficina del Rector. Ahora, a callar y a dormir todos.

Sumido nuevamente en la penumbra, Abel esperaba un milagro de ternura de los suyos. Los veía reunidos en un punto del espacio, como en uno de esos iconos donde cabe una multitud de santos. El terror lo tenía agarrotado. No pudo conciliar el sueño hasta que la claridad del amanecer se derramó en su piel como un bálsamo frío y apaciguador. Y fué sumergiéndose poco a poco en la luz de una estación suave y perpetua como una aurora boreal.

---

Abel no tenía una costumbre, sino una voluntad de sueño. El sabía más que los grandes, pues la vida entraba pura en su pureza. Y no era una fuga para él la quimera, sino su propia materia. ¿A quién pedirle entonces socorro? ¿Dónde refugiarse, sin caer de nuevo prisionero?

Así, como un animalito salvaje y clarividente, cogido en una red invisible de puro sutil, estuvo debatiéndose desde las primeras horas de la mañana. ¡Ah! si él hubiera podido largarles la furiosa jauría de Jorge, ya que no disponía sino de una fauna mitológica, irrisoria de tan espantosa.

Era un día primaveral. La lluvia había lavado las hojas del viejo castaño, cuyas raíces se insinuaban como una poderosa musculatura en el asfalto del patio. La sala del kindergarten quedaba frente a la oficina del Rector. El sol desprendía agujas luminosas en los vidrios, en el barniz de las bancas, en las bolitas del tablero de las unidades. Qué vida tan apacible se llevaba dentro de los cuadros de las cuatro estaciones.

El Rector llegó a las nueve. El susto y la incertidumbre alcanzaron en Abel un grado tal, que, cuando le avisaron que entrara a la oficina, lo invadió una calma rayana en la insensibilidad.

La rectoría no era lo suficientemente severa como para dejar de parecer un locutorio de monjas, pero no había en ella nada que le quitara su aire de institución. El Rector era un hombre gordo, cuya desmedida nutrición podía haberle prestado a sus rasgos cierta blandura, pero la frialdad salía a través de sus gestos, con una dureza de hueso. Atacó a Abel sin rodeos.

—¿Qué hacía usted anoche en la cama de Jorge Smith?

—Me levanté a convidarle chocolates. Después estuve conversando a los pies de su cama. El me había oído llorar y...

—Llorando como una niña. ¿Llorando por qué? Este no es un presidio ni una casa correccional. Por lo demás, ¿no se da cuenta usted de lo grave que es todo esto? Como no lo conozco bien, me abstengo mejor de hacer suposiciones. De todos modos, el desorden que promovió anoche en el dormitorio, merece un castigo

ejemplar. Hay que cortar de raíz la mala yerba. Su padre llegará de un momento a otro. Es necesario que sepan, tanto él, como usted, lo que significa la disciplina en un establecimiento como éste.

Habían llamado a su padre. Tendría que mirarlo cara a cara en unos instantes más. ¿Y para qué? Nada les costaba castigarlo a él solo. ¿Qué mal secreto e irreparable había en todo aquello, que no podía penetrar? Se le nubló la vista y quiso pedir perdón a gritos; pero estalló en un llanto convulsivo.

El portero anunció:

—El señor Rainer.

El rector levantóse a recibirlo con toda amabilidad. La cara sonriente del señor Rainer fué endureciéndose a medida que lo imponían de lo sucedido. Dando con el lápiz, golpecitos intermitentes en el escritorio, el Rector salivaba cada palabra de su peroración:

—Por algo me resistía yo a recibirlo en el Colegio. Es muy delicado para nosotros hacernos cargo de niños grandes. Tenemos que formarlos de nuevo. Uno no puede adivinar qué cosas han aprendido en esta edad tan peligrosa. El desorden de anoche me da mucho que pensar. Hay una grave responsabilidad para con los padres de los demás niños. Esto no significa que pongo en tela de juicio las costumbres de su hijo, ni los principios que han debido inculcarle en el hogar. Pero... En consideración a que es usted una persona tan influyente, señor Rainer, le hicimos esta concesión. Yo le aconsejaría que tuviese a su hijo una semana más en casa. Por otra parte, la señora Rainer me dijo que no le habían dado

una educación cristiana... En fin, él podrá elegir más tarde ¿no es verdad? Creo que los cristianos tenemos todavía mucho en común con ustedes...

El señor Rainer pensó, sin atreverse a formularlo: "Mi hijo no elegirá nada".

Levantándose, el Rector hizo una pausa de gran efecto. Le volvía la espalda a un Cristo de talla que estiraba los brazos más allá de sus clavos ensangrentados.

—Al fin y al cabo, en este colegio se instruye la mejor gente— agregó. Yo comprendo que no haya escatimado usted sacrificios para educarlo aquí. Nada le costaría entonces dejarnos las manos libres en lo que se refiere a su formación religiosa...

Como el condenado al subterráneo que se inunda de agua poco a poco, ahogándose en este lenguaje lleno de reticencias y circunloquios, el señor Rainer hizo un brusco movimiento de impaciencia. Pero el Rector— aunque no tenía tal vez la oscura intención de sugerirle algo vergonzoso, sino de aprovechar más bien aquella coyuntura— con su voz insinuante y sus frases dejadas en el aire, logró hacerlo pensar lo peor. El señor Rainer perdió en un segundo toda noción de las proporciones. En su propia persona reencarnó los hechos, descubriéndole trascendencia a los menores detalles y exagerando el derrumbe de sus esperanzas. Insultó a su hijo en la forma más soez. Después se levantó y lo abofeteó con tal ensañamiento, que el Rector intervino, suplicante:

—¡Por Dios, señor, si no es para tanto! Yo no he querido...

Pero el señor Rainer había perdido el control. No podía ya volver atrás. Siguió castigándolo sin compasión. Inmóvil, con una serenidad en el rostro que ni los golpes alteraban, se hubiera dicho que Abel quería sonreír. Sonreír sin saber, como un enajenado que ha perdido hasta el dominio de sus expresiones. En un momento de tregua, se abrazó a su padre ciegamente. Lo miró sin rencor, con una inocencia que humillaba. Entonces el señor Rainer perdió también el pudor y lo estrechó contra su pecho, como si lo hubiese recuperado. Cuando salió de la oficina, tirando a su niño de la mano, no se supo si su cólera recaía sobre él mismo o sobre el Rector:

—¡Bestia!

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION GENERAL



EL PEQUEÑO MAESTRO BEN



Ben sabía que las manos distinguidas de todos los países son menos tibias o más frías; pero sintió que las de su pueblo tenían una temperatura que le llegaba con agrado al corazón. Conmoverlo, recibió el ramillete que le ofreció una comisión de niñas en el andén. El discurso de bienvenida y el trozo del Profeta que chirriaba en los bronceos mohosos del Orfeón, con toda sinceridad, parecieronle admirables. Ben sonreía, sin poder dar crédito a su celebridad. El alcalde le ofreció una copa de champagne en la Casa Consistorial, donde lo esperaba un piano abierto. Pensando en su equipaje, Ben tocó peor que nunca y fué más aplaudido que en ninguna parte. Su madre tuvo que cerrar la puerta de calle con violencia, para poder librarlo de los curiosos que querían seguirlo hasta el interior de la casa.

—¡Ben, hijo mío!

Todo estaba igual. Viejo, feo, adorable. El espejo de la chimenea había perdido otro poco de azogue y seguía llevándose hacia dentro los toques del reloj. El brillo festivo del encerado hacía resaltar más la pobreza de

los muebles. Los membrillos —madera de fruta embalsamada— alineados sobre el armario de nogal, despedían su perfume seco de Otoño. Pero Ben reconocía su olor de familia, en medio de aquel aroma de alacena limpia. El álbum de retratos, como siempre, debía estar guardado bajo siete llaves. Su padre lo hojeaba a diario y temblaba cuando veía el retrato del abuelo Neftalí. El pobre había hecho lo indecible por disimular ese crespo infamante que les obligaban a llevar como distintivo en aquella época. Se lo habían tomado en Varsovia, en los malos tiempos de Israel.

Seguido por su madre y su hermana, Ben recorría la casa en silencio. Después de diez años de ausencia, volvía rico y famoso. Pero qué duro le iba a ser trastornarlo todo con su dinero. Era como si, en el fondo, se alegrara de que su familia no hubiese prosperado. No obstante, tendría que borrar de una plumada su infancia, la hostería abierta de sus sueños.

—¿No me preguntas por nadie?

—Por nadie, madre.

Y subió a encerrarse en su cuarto. La ventana estaba entreabierta. Ben miró hacía afuera y encontró a Lenka, asomada a su balcón, como todas las tardes. Ben vióle la misma blusa azulina de hace diez años. Le hizo las señas de costumbre y fué a tenderse a su cama.

Debería haber atravesado a decirle que la amaba más que nunca; pero Ben tenía que soñar primero, aunque la dicha estuviese al alcance de su mano. Y aquella era su hora, en que el crepúsculo lo anesthesiaba con una luz más delicada que la de amanecer. Entonces se dor-

mía con livianura y soñaba lo que quería. ¡Oh! dormirse a las siete de la tarde y despertar a las nueve de la noche, con el día al revés y el mundo perdido.

Cuando bajó a la hora de comer, un poco traspuesto todavía, su madre regañaba a Ezra.

—Es inconcebible tu indolencia. Sabías de más que iba a llegar a las seis tu hermano Ben. Todo el pueblo ha ido a recibirlo, menos tú. Nunca serás nada con esa brutalidad.

—No, madre, si estoy contento de verlo a cualquier hora. Además, yo no soy ningún personaje para ustedes, la interrumpió Ben, acercándose a su hermano.

Ezra evitó en lo posible que lo abrazaran. Nadie temería verlo emocionarse en la casa. Pero Ben lo quería contra sí mismo. De niño, a pesar de su carácter implacable, lo servía como una hermana menor. Aunque Ezra lo había hecho padecer menos que a ninguno, Ben no podía saber si su amor era correspondido. De todas maneras, pensaba que la dureza es siempre la forma más aceptable de la dulzura.

Le habían preparado un maná crujiente y dorado. Quisieron informarse de todo, acosarlo a preguntas: pero Ben les rogó:

—Hablemos de ayer. ¿Sanó de los sabañones el pequeño Noël? ¿Apareció la llave del armario? ¿Sigue la misma gotera en el desván?

Después de comida, un poco desilusionada de encontrar a su hijo igual, la madre pidió la ropa blanca para revisarla. Sin hacer caso a sus ruegos, Ben fué en su busca. Sacó un montón de ese cofre de cedro, pa-

sado a espliego, que era el orgullo de la casa. Cuando apareció en la sala, Ezra lo miró a los ojos y se hubiera dicho que iba a sonreírle con ternura.

Y llegó la hora de todas las cosas tristes de todas las casas.

—Tú ves, al pobre Ezra no se le compone la suerte. Apenas si gana para vestirse. Yo le digo que cambie de carácter. Hace tanto el modo de las personas.

—No hace nada, madre. Pero te juro que este año cambiará de estrella como de guantes.

—Ben, sabes de más que no desprecio tu ayuda, pero que no puedo aceptarla tampoco. Eres más joven que yo y estás comenzando, intervino Ezra con brusquedad.

—No he hablado de ayudarte. Es un presentimiento que tengo. Además, dicen que Sigfrid Claver ha perdido las tres cuartas partes de las acciones de la fábrica.

Ben hizo una venia teatral y salió a la calle, silbando el mismo aire que tarareaba desde chico en la pieza de baño.

No atinaban a comprenderlo. Su madre se quedó preocupada. En el fondo, no le hacía mucha gracia aquella personalidad de sus hijos, tan fuera de lo común. La desorientaban los arranques de Ben y Ezra la enfurecía con su orgullo de pantalones rotos. Pero, haciendo memoria, se daba cuenta de que no los conocía. Sobre todo a Ben, del cual tenía tan sólo una noción enternecida. La seriedad de su arte se lo ocultaba más que nunca, como tras una cortina de humo.

¡Qué raros eran! Cuando el malvado Sigfrid Claver estafó a su padre, dejándolo en la ruina y causándole la muerte al poco tiempo, no derramaron una lágrima. Ni siquiera se les escapó una interjección de protesta. A medida que Sigfrid Claver se extendía a costa de las ideas y del dinero de su marido, el odio que proclamaba ella en su casa, era cada vez más enconado y desesperante. Pero se estrellaba contra las caras cerradas de sus dos hijos.

Ben, el que aparentaba tener más sensibilidad, era el más distante e inmovible. Porque Ezra la impulsaba siquiera a llevar a cabo algún medio para reivindicar sus derechos. Sin hallar eco para sus gemidos, llegó a gritarles:

—¡Inconscientes! ¡Malos hijos! ¡Ni la miseria los asusta!

Con el mismo fuego difamaba al canalla. Y cuando Ezra, a instancias de Sigfrid Claver, fué expulsado también de la fábrica, la dejación de Ben colmó la medida. Sin inmutarse, se impuso de lo sucedido y salió de la pieza, diciendo que no podía seguir lamentándolo, pues tenía una entrada de favor para oír la Pasión de Bach.

¡Y pensar que Sigfrid Claver, el renegado, hablaba de la inmundada raza judía de su familia!

¡Qué horror! La madre estuvo hasta muy tarde, dándole vueltas a su antigua pena. El ritmo de su labor interminable, era ya el mismo ritmo de su sangre.

Ben había salido a reconocer la ciudad. Su parque, sus calles, su olor, sus muros escritos con grietas misteriosas, ellos le habían entregado su primer caudal de

emoción. Y sobre todo la otra ciudad, la que estaba detrás de las cosas y de los seres, como un cuerpo glorioso. ¿Qué secreto y divino trabajo tendría que realizarse, para que este material llegara a ser necesario y extraño a la pureza de su arte? ¿En qué lenguaje iría a expresar con libertad este tumulto de reclamos interiores? Un día, sintiendo en el pecho el vuelo de un pájaro y mirando el aire a través de las rosetas de piedra en la torre de la catedral, adivinó que el cielo había hallado en ellos su pauta. Entonces cantó.

Ben caminaba, buscándose con pasión las viejas sensaciones, para recibir en ellas un paisaje que no podía ya decirle lo mismo. Sufría. Sufría como en esa encarnizada lucha contra la esterilización de todo lo vivo a que lo iba conduciendo la perfección de su música. Pero él tendría que alcanzar a ser el más alto, con los más oscuros y peores elementos. Porque hay primero un furor de cielo y no se halla después cómo descender al paraíso terreno.

—¡Oh! Adonai, qué dulce es la venganza y con qué tolerancia paternal te haces olvidar en ella por unos instantes.

De regreso a la casa, Ben escuchó esta voz interna, que si lo intimidó con su altisonancia, lo hizo también sentirse vivir con arrebató. Porque él se estaba vengando, y acaso no había venido a su ciudad natal, sino para acabar de vengarse. Había esperado veinte años. Era dueño absoluto de su alegría inhumana de tan consciente. La desconfianza e impaciencia de su madre habían sido tal vez sus mayores acicates. Sin embargo, lo irrita-



ba el que ella no hubiese reconocido, en su actitud, a su pueblo de espera y mordiente silencio.

Por mano de León Klein, su mejor amigo, Ben había ido adquiriendo, valiéndose de los más hábiles arditos, la mayor participación en la Hilandería que Sigfrid Claver había robado a su padre. Sólo le faltaba una cuarta parte del capital para adueñarse de ella por completo. Y no le quedaba sino poner los títulos a su nombre y entregarle a su hermano Ezra el puesto de más alta ingerencia.

¡Qué cara pondría ahora Sigfrid Claver, reducido ya al *mínimum* de poder! Pero era poco todavía. Para poder sentirse realmente satisfecho, Ben necesitaba la ruina total del viejo Sigfrid. El descrédito, el hambre, la muerte, si fuera posible. No en vano el doloroso rostro de su padre traspasaba los cielos para llenarlo de congoja.

¡Oh! adelantarse a la fatalidad y apurar a esa justicia inmanente, tan insospechada y rara en venir. Vengar a su padre, vengar a su madre, vengar a su hermano, vengarse y verlo pisoteado como a un sapo. Hacer hasta el último sacrificio para aniquilar al enemigo y verlo. . .

—¡Ben! ¡Nuestro querido Ben!

En la cervecería lo asaltó un grupo de compañeros. No les había pasado un año. Estaban jóvenes, con esa torturante y fervorosa juventud de los deseos no satisfechos. Lo abrazaban, lo tocaban, entrechocaban los vasos en su honor.

—Vengarse y verlo. . .

Qué bien se encontraba allí. La bomba de porcelana

floreada hacía espumear la cerveza. En la cornamenta de reno, estaban colgados quizás los mismos sombreros. Más tarde, más tarde, el duro calor de la pipa iría transformándose en una carne suave entre sus manos.

—Vengarse y verlo...

No. Aunque lo justo no basta siempre, Ben no lo haría. Ezra sería feliz y él habría cumplido ya con su medida. Como en todos los imaginativos, la venganza había hallado un principio y un fin en su mente. Tal vez no habría podido sobrevivir a tanta dulzura. El mundo tendría que perdonarlo; pero aún existía la música y Lenka asomada a su balcón. La vida se le embellecía en cada cambio y hallaba tan agradable fumarse tranquilo el primer cigarrillo de la mañana. Y él era feo, tímido, pequeño, pero lo querían mucho.

Cuando llegó a su casa de amanecida, se sacó los zapatos para que no lo sintieran.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA

SE HACEN CORTOS LOS DIAS



Estaba obscuro todavía. El se levantó con tanto cuidado, que ella vino sólo a despertar con el ruido del agua en el baño. Temerosa de haberse atrasado en sus quehaceres, saltó de la cama y abrió las persianas. Las estrellas estaban ahí. Entonces preguntó en alta voz:

—¿Te vas sin desayuno?

El jadeo de la respuesta la hizo sentir el hielo de la ducha:

—Duérmete. No tengo hambre. No me esperes en todo el día.

Ella volvió a acostarse y se encogió en su rincón. No tenía costumbre de averiguar más. Su marido dejaba en la cama un hueco amplio y caliente. Poco a poco fué hundiéndose en él, como en una comarca o en una cavidad de su sueño. El salió en puntillas, abrochándose su ancho cinturón de cuero. Cogió algo de la mesa, buscó otra cosa a tientas y se fué sin decir palabra.

Ella despertó a la hora de siempre. Tuvo que hacer memoria para cerciorarse de que lo ocurrido no fué un simple sueño. Pero estaba allí, al otro lado de la cama, aspirando en el almohadón ese olor personal tan agra-

dable que despedía él cuando entraba en calor. Amodorrada, sin la preocupación del desayuno, estuvo tendida hasta tarde, como una colegiala el primer día de vacaciones.

La luz entraba en pequeñas franjas, posándose sobre los muebles y recorriendo el cuarto con una aérea movilidad. Como raras veces, se complacía ella en recordar sus entregas tan completas. Qué bien se conocían ambos el cuerpo. Por eso sentía ahora como si el duro peso de su hombre, hubiera llegado a adaptarse a la livianura de todas esas cosas que cabían en su pecho. Era una imagen impresa en un viento ligero como su sangre. Cuando lo sabía lejos, comenzaba a mirarlo por primera vez. Lo veía en las calles de la ciudad, casi corriendo de pura juventud, con una vida tal en sus piernas largas y llenas, que ella no podía más. En la ardorosa penumbra, en medio de ese silencio que impone el deseo, no dejaba tampoco de ser para ella el desconocido de los pantalones negros y la camisa adherida de transpiración, que la hizo apresurar el paso, con un ansia de sorprenderle hasta el hondo sabor del aliento.

¡No poder quedarse así todo el día!

Cuando echó atrás el cobertor, flotando todavía en su somnolencia, la asaltó una violenta sensación de susto. ¿Qué podía ser? Da lo mismo. El corazón anuncia en igual forma el dolor y la felicidad. Parece que el miedo es su disposición más sincera.

Abrió las ventanas y el espejo relampagueó. En seguida fué recogiendo los calcetines, la ropa interior, todo lo que él disparaba con el apuro de lanzarse a la ca-

ma, como a la piscina los días sábados. Después se puso a hacer el aseo matinal, rabiando por las quemaduras de las colillas en el suelo. Sudaba, protestaba contra la escasez de dinero, cantaba. Pero, en fin, es posible que no hubiera una mujer más orgullosa de sus ojeras en todo el edificio.

En el baño, se palpó y se miró los senos crecidos bajo el buen clima de su lecho, con el mismo enervamiento que le producían las grandes manos de su marido. De pronto pensaba en la estrechez de su vida o que carecía de un mundo de esas futilidades que son cosas serias para una mujer. Porque a la mayor dicha la hace falta a veces prenderse un alfiler. En verdad, la suya no lo necesitaba todavía. Estaba excesivamente ocupada en descubrir y gozar hasta con aquello que debía ser inconfesable para él. ¡Oh! el íntimo paraíso de sus movimientos, de sus malas costumbres, de su fuerte respiración, de sus adorables miserias.

¿Lo amaba? Sería mucho decir. Lo tenía demasiado presente y el amor es más bien un ritornelo de la memoria. Además, ella era apenas una niña y aún no se habían descornado en su interior las cortinas de este escenario en que se quieren exagerar y representar los sentimientos a toda costa. Había algo, sin embargo, que le provocaba una ira celosa. Era la seductora defensa, el misterio con que rodeaba él a sus amigos. Estaba convencida de que nunca lograría desenmascarar a aquellos seres intocables, cuya existencia le indicaba que una parte considerable de la vida de su marido pertenecería

siempre y con exclusividad a los de su género hombre. Tal vez tendría que compartirla por mitades.

Almorzó poco, procurando guardarle una doble ración para la noche. Se ponía tan amoroso y alegre con el estómago satisfecho. Comía con un egoísmo de perro con su hueso y le brillaban los ojos de salud. Ella no alcanzaba a quitarle ni la más ínfima cantidad de energía. Encontrándose tan ágil como él, después de sus prolongados abrazos, cuantas veces quiso sentir de súbito en el vientre la gravidez de una criatura que la obligara a caminar con dificultad y que la hiciese soportar la carga de su apasionamiento. Porque se quedaba sola, buscándose y buscándolo en el aire.

Fuera de esto, nada la preocupaba. Se hubiera dicho que ignoraba hasta de dónde procedía. Educada en un asilo de huérfanas, salió a ganarse el pan, muy poco antes de conocerlo. El la llevó a casa de sus padres, donde le preguntaron el nombre. Lo dijo. Y por la cara que le pusieron, ella dedujo que no les sonaba a algo del otro mundo. Mas bien les agradó que fuera aquél. Su marido confesóle después que eran ambos harina del mismo costal. No cabía duda, pues los otros judíos de la vecindad prestáronle el primer tiempo hasta las ollas para cocinar. Pero esto es lo de menos.

Una vez terminado el arreglo del departamento, se puso a componer medias. Entre la finura de sus dedos, la seda y la aguja del crochet hacían un trabajo al vuelo.

Tuvo que cerrar las ventanas. Había empezado la bulla ensordecedora de las motocicletas en que reco-



rrían las calles los nuevos dueños de la ciudad. Según tenía noticias, fué una invasión pacífica y largo tiempo esperada. De todos modos, aun no se hacía sentir en extremo. Ellos hablaban el mismo idioma, con un acento más áspero, eso sí. De seguro que el orden establecido iría a cambiar profundamente. En su casi total retraimiento, ella no podía opinar. Sin embargo, desde que ellos aparecieron, su marido perdió la calma y notábase una visible alteración en las conversaciones de algunos vecinos. Ella no leía periódicos y a causa de su esquivo recogimiento, nadie le participaba sus inquietudes. Su silencio y su discreción habíánle dado fama de tonta.

Un día que comentaban con el conserje los preparativos de una exposición rodante, que exhibiría los peligros y los defectos de cierta raza, le extrañó la avilantez y el tono irritado con que contestó su marido:

—Siguiendo este criterio, el mundo entero tendría que transformarse en una exposición rodante, peor aún, en una "menagerie" de circo.

La tarde comenzaba a caer. Primero tiñó los vidrios de un rosa indeciso y luego de un azul conmovedor. Había en lo alto, envolviendo las torres y las cúpulas, esa neblina dorada que es la corona y el hálito invernal de las antiguas ciudades. Desde los muelles del río, llegaban derechos al corazón los silbatos de las embarcaciones.

Ella se levantó de improviso, como si una mano la hubiese rozado, para avisarle una hora llena de sentido. Caminó hasta la puerta y salió al pasadizo. Un sordo

sollozo repercutía en la negra fosa de la escala. Oyó claramente: "Hasta las lágrimas nos han robado. Sonriendo, tuve que anunciarle por teléfono, a mi hermana, que mis hijos estaban perfectamente bien. Los habían muerto, uno por uno. Todavía veo las bocas de los revólveres, apuntándome, mientras hablaba. Silencio. Allí vienen."

Ella entró a la casa, sin atinar a nada. Estuvo largo rato de pie en la oscuridad, enteramente paralogizada. De pronto escuchó un seco tableteo y un tropel como de caballería, trepando la escala. Todo fué muy rápido, impensado. Golpearon a su puerta y volvió a repercutir la misma voz:

—¡Abajo! ¡Abajo!

Ella salió, despavorida.

—¡Abajo! ¡Abajo!, clamaba una anciana.

—¿Qué pasa? gritó ella.

—Los han asesinado a todos en la puerta.

—¿Y mi marido?

—¡Abajo

—¿Dónde está?

Y quiso desprenderse de la vieja que la abrazaba por la cintura hasta clavarle las uñas. No pudo dar un paso.

—Es inútil, hija mía. Lo han muerto junto con mi nieto. En la puerta estaban, boca abajo, contra el pavimento. Ya se los llevaron. No queda una sola mancha. Son muy listos para lavar la sangre.

Ella abrió los ojos enormemente y no habló más. Lívida, inmóvil, parecía haber echado raíces hasta el fuego central.

Cuando entró al departamento el pelotón de camisas negras, como un pesado revuelo de buitres, ni siquiera pestañeó. Ejecutando un rito bárbaro, con una especie de sadismo colectivo, quebraron vidrios, objetos, su pobre espejo. Después de registrar, de destrozarse la ropa y de darse el ingenuo placer de arrojar algunos muebles por la ventana, salieron en fila, escupiéndola por turno, con una admirable disciplina.

—¡Qué muchachos tan fuertes y tan hermosos, haciendo tanto daño! pensaba la anciana, bajando a su piso desierto, con la única esperanza que se acerca a la liberación: la de no esperar nada ni a nadie.

En la pieza saqueada, ella permanecía de pie. Desde abajo llegaba el trepidar de las motocicletas y un vocerío intermitente.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué le había pasado a ella misma? Porque volvía en sí como de un hecho muy remoto. Sólo una hora después vino a comprender que, si no lloraba, iba a estallar. La tragedia no se había apoderado aún de ella. Planeaba, rondaba su aturdimiento, la circundaba como una presencia creciente y enemiga. Hasta en aquellas cumbres del dolor, cómo se defendía el organismo de su juventud. Sus nervios, sus reflejos sólo daban en su carne un aviso confuso. Ella no podía imaginar el infinito a través de la maciza estatura, de la solidez de los miembros de su marido. Más bien se lo ocultaban, privándola de todo consuelo ilusorio. No exis-

tía, para ella, una tumba que pudiese encarcelar y apaciguar el frenesí de aquel cuerpo, cuya sangre seguiría ardiendo más allá del espacio. La muerte no puede ser abominable, porque es inconcebible; pero, cuando ataca a la juventud, se vuelve falsa y temible.

Ella caminó hasta la ventana. La ciudad estaba a sus pies, adueñándose de una noche que se reincorporaba a sus rincones más ocultos, a su colorido y a su esencia flotante. Ella no conocía otro país del mundo. Si alguien le hubiera preguntado: ¿de qué raza eres o qué sangre tienes? habría respondido: Soy de esta ciudad.

En el suelo estaban los pantalones negros que él usaba en el taller. Conservaban las manchas y los pliegues que habían estampado los movimientos de sus piernas. Acusaban con una terrible precisión hasta las ondulaciones más secretas. Ella los recogió desesperadamente y los atrajo contra su pecho. Su olor viril, inconfundible, dióle una tal sensación de volumen, que lo tuvo vivo entre sus brazos durante unos cuantos minutos.

Supo entonces que algo se había desalojado también de su espíritu. Algo que era doloroso por la presión de su corporeidad. Pero se despertó en ella una memoria secular, una preparación inmemorial para afrontar toda persecución o afrenta. Y tuvo valor.

Tiró lejos aquella ropa viviente, tomó el retrato de su esposo y lo cubrió de besos. Por primera vez lo sentía en el corazón. Después se lanzó a la calle, como al vacío.

La multitud se apiñaba para presenciar un desfile. Encabezábanlo algunos ancianos que llevaban, colgados al cuello, letreros escritos con letras rojas: JUDE. Ella no supo si era un tumulto de santos o de ladrones, pero se unió a él, pues tenía la seguridad de que la conduciría, como un oscuro río, lejos de allí.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA

## EL LEPROSO DE UZ

*“Vivimos en un período de exageración del nacionalismo. Como pequeña nación que somos, debemos tomar en cuenta estas circunstancias”.*

*Einstein.*





En este barrio comercial, por ejemplo, aplastados entre los rascacielos, subsisten el chato bodegón del ropavejero Calmann y el palacio francés de David Rossenheim. La bulla del tráfico y el ambiente son endiablados, pero las rositas rococó parecen indelebles y los amorcillos no emprenden su vuelo de yeso. La marquesina que protege la balaustrada de mármol, sirve de refugio a los transeúntes en los días de lluvia, y los corredores de la Bolsa, mordiendo sus largos habanos, miran con un poco de recelo las ventanas siempre iluminadas del banquero Rossenheim.

Toda clase de gente entra y sale de palacio, pero sus portones, con monograma de bronce, están hoy cerrados a piedra y lodo. Sumergido en la fría sensación de vacío que crea la cúpula, el portero dormita. En medio de esta penumbra, una voz prendería como una antorcha en una catacumba. Desde los hondos nichos, las estatuas griegas se van por sus órbitas huecas a su cielo físico. Y es como si todas las puertas blancas y uniformes de la planta baja dieran a la nada. Siguiendo el camino recto de una espesa alfombra, se puede llegar sin

ruido hasta el cuarto de trabajo de David Rossenheim. Y allí cesa el decorado solemne, la suntuosidad novelesca. Un curioso sello personal añade un encanto más a la pureza de estilo del interior.

David tiene los ojos fijos en la pared. Mira un thalis de plata, colgado entre las miniaturas de sus hijos. En uno de sus tantos viajes, se lo compró a un anticuario de Amsterdam, su ciudad natal. Cuando lo usó el Rabí para las grandes ceremonias, el viejo puerto de Holanda debía ostentar aún su título de La Nueva Jerusalem.

—La Nueva Jerusalem, se sorprende diciendo entre dientes David. Después, sonriendo con ira y dando un puñetazo en el escritorio:

—¡Haber gastado una inteligencia y el tacto de toda una vida para llegar a esto!

Se levanta y va hasta la ventana, con los brazos cruzados y tensos de los nervios. Descorre la cortina. La luz intermitente de un letrero luminoso enrojece la habitación y parpadea sobre su rostro como el resplandor de una llamarada. No era más impresionante la estampa cobriza de Simón Simónides o la de Ben Rubí, a la luz de la hoguera de la Inquisición.

A cuántas brazas quedarían las meditaciones de David, que Labán Poliakov, su hombre de confianza, entró en el escritorio sin ser oído y esperó cerca de un cuarto de hora para obtener una respuesta.

—Señor, ya no queda nadie en la casa.

David volvió a sentarse en el sillón de su escritorio.

—Gracias, Labán. Deje aquí las llaves y no venga mañana.

—Antes de marcharme, debo advertirle que su señora me pidió la llave de la caja fuerte, para sacar sus joyas. Yo le dije que no podía abrírsele, si no recibía órdenes suyas.

—Hizo bien, Labán. Valen una fortuna y mi fortuna no se dispersará mientras yo viva. Además, no deseo que se saque un solo mueble de mi casa. En las mismas sábanas vendrán a dormir un día... Las bestias, por muy bestias que sean, tienen su querencia.

—Me parece que el cuarto de su hijo Saúl estaba con luz todavía.

—Es tan extraño mi hijo Saúl.

—Buenas noches, señor.

—Adiós, Labán.

Lo habían dejado solo. Habían pretendido transformar su vida en un problema sin solución. ¡A él, que los tenía resueltos todos! Habían entrado a saco en su templo, dejando esparcidos en medio de la calle sus tesoros secretos. Habían querido desligarlo del grupo, para ponerlo en el peligroso contacto consigo mismo. Lo habían lanzado en su propia persecución, sin prever que a su siga iría con ellos. Habían intentado convertirlo en la expropiación dentro de la propiedad, es decir, habían hecho lo inaudito por que se reincorporara el temible fantasma judaico a su simple vida de judío.

Su hija mayor dió la voz de alarma; pero, en realidad, no fué así. Antes que nada, había una enorme fortuna; una de aquellas fortunas que acaban con la grandeza de su creador y que descubren un fondo de miseria insonable en los que la dilapidan sin sentido. De modo que el

matrimonio de su hija mayor, efectuado sin su consentimiento y contra todos sus planes, fué el primer golpe asestado a su optimismo y a su voluntad dionisiaca, en cuya pauta parecía amoldarse el contrapunto del destino. Más tarde vinieron los primeros choques con su hijo Benjamín, el preferido. Con cuánto amor y qué vano combate libraba día a día, para mostrarle la cantidad de muerte y la constante negación de los valores inmarcescibles que le aportaban sus controversias políticas. Pero sucede que las ideas más inofensivas toman cuerpo y un día se arman hasta los dientes. A las de Benjamín les llegó su turno. Y vino la ruptura.

Por amor, habría tolerado David la presencia de su hijo, convertido de la noche a la mañana en un enemigo bajo su mismo techo. Además, mediaba entre ambos el respeto a esa independencia de criterio que David no habría osado tocar. En último término, a él nada le importaba que Benjamín lo atacara en lo que podía tener de más sensible su pueblo, pues llegaba a concederle una plena facultad de preferir cualquier otro, si su espíritu se desenvolvía en él con mayor libertad. David reconocía la habilidad y la buena fe de su hijo; pero ocurrió que el excedente de inconsciencia y de brutalidad que tienen las ideologías más cerradas, puestas al servicio de una causa, removió el subsuelo en que David alzara su vida de pura inteligencia. Benjamín no alcanzó a llegar a su reserva vital, pero sí logró estremecer su postura intelectual.

Hasta ese momento, a fuerza de vigilancia y de dominio, David había vivido como cualquier hombre de

negocios de cualquier país. Y logró su conquista máxima: olvidarse de que era judío, de tanto saberlo: "Ningún francés se acuerda de que lo es, precisamente a la hora del té", decía David a menudo. Pero cuántos años y qué de íntimas batallas costáronle para presentar su actitud definitiva, por sobre sus taras hereditarias, por sobre su atavismo y su llagada memoria de israelita.

Desde su capacidad de absorción, se abrió, como un brazo de mar, su entrega a la concurrencia; de su exclusivismo congénito, surgió su gran amplitud; de su humildad enfermiza, su orgullo mesurado; de su índole corrosiva, una bonhomía conciliadora; de sus desbordamientos de visionario, su adivinación exacta; de su robusto materialismo, una penetración interna de ciego.

David no pensaba tan sólo que la vida va haciéndose a cada instante, sino también a sus expensas. Curado de la temible psicosis del perseguido y extirpándose de raíz todo pesimismo, repudiaba el menor gesto implorante. David estaba seguro de pertenecer a una entidad que no se había desmembrado en principio y que le otorgaba, como cualquiera otra, una carta de ciudadanía llena de altos deberes. David Rossenheim no había hecho nada por asimilarse; al contrario, había abierto sus puertas con una impetuosa necesidad de que lo conocieran tal cual. Su dignidad no era la del mártir ni la del triunfador, sino simplemente la de un judío digno. La grey flotante de Israel había hallado fronteras y reposo en su equilibrio.

El que su hijo lo hiciese cavilar siquiera sobre su posición; el que le mostrara, aunque fuese en un film exa-

gerado, las contorsiones de su pueblo, imperdonable y doblemente echado al abandono, lo obligaron a expulsarlo de la casa, sintiendo que se le iba con él una parte de su imagen. Aún le dolía la mano con que le mostró la salida; pero hay que añadir también la crueldad con que la inteligencia muestra las caídas del corazón. No, David no podía soportar que su hijo Benjamín pretendiera arrastrarlo de nuevo a la vorágine, para debilitarlo en provecho de su sedición. Y con qué desparpajo típicamente israelita hacía frente a su padre, para demostrarle su conveniente antisemitismo.

Replegados en el olvido los años de lucha en común; revelados sin ambages, en la libertad de la abundancia, los resortes de la verdadera personalidad; agotado el respeto ante la excesiva complacencia; extinguida la pasión y con otro punto de miras que David parecía estorbar, su mujer aprovechó la primera coyuntura para liberarse. Salió tras de Benjamín, abogando por su amor maternal, pero poniendo ya de manifiesto su horror al más pequeño sacrificio.

Poseedor sin competencia de todas las artimañas para hacerlo surgir, David no podía convencerse de que el dinero, una vez conseguido, pudiese crear tales problemas morales o llegara a ser un lastre del alma. En sus manos estaba entonces el poder sanar a los suyos de su opulencia. Y con qué solapada delicadeza iba a conseguirlo.

La ley—que no era a su juicio sino una cuba para contener el océano—la ley le entregaría a su hija menor a su mujer, en caso que se formalizara la separación. Sin

embargo, aunque no fuese a suceder así, la dejó partir también, sin una protesta. Pero fué una comprensión generosa que lo rebajó ante el conocimiento de su fortaleza. Con la partida de la pequeña Milka, se cerraba la única ventana abierta en su vida a ese mundo desconocido y envuelto en un aire visible. Con ella se iba algo que fluctuaba entre lo increíble y la realidad insospechada de la poesía: el fruto de su vejez.

No, David ya no podía defenderse con ninguna argucia. Los sentimientos habían sobornado su inteligencia.

La luz roja del letrero luminoso habíase vuelto más intensa. David se miró las manos, como manchadas de sangre. Con el horror a la repentina visión de una fiera agazapada en la sombra, encendió las luces. Movi6 la cabeza para espantar un mal pensamiento y tomó el primer papel que halló a la mano, tratando de engañarse con cualquiera distracción.

—¡No es tan grande la tragedia como para vestirse con sacos en señal de duelo!—exclamó, leyendo la invitación que el ropavejero Calmann le enviaba inútilmente, todos los años, en la misma fecha. Pero David no le daría confianza, ni escucharía el Kadisch du Tal, ejecutado por sus hijas en la intimidad del hogar. David no iría tampoco a abrazarlo en la Sinagoga el Día del Perdón, ni volvería a abrirle crédito en el Banco.

David Rossenheim había reducido los extremos a un común denominador: el número neto de su vida. Tenía siempre presente que pertenecía a una población flotante o semiarraigada, cuya proporción no subía a más del uno por ciento de la humanidad, y cuya calumniada riqueza

era precaria o muy aleatoria. Convencido así de que su pueblo podía ser la argamasa que uniera en una gran hermandad las esperanzas puramente humanas de todos los pueblos, sentía sobre sí una responsabilidad mística e indeclinable. Por eso dejó de hablar a gritos de las cosas elevadas, para que su propia alma no se variara; se hizo feliz, para comunicar su felicidad a los demás, como un contagio benéfico.

Asimilación y aislamiento, he aquí los dos polos entre los cuales ha oscilado la vida de los judíos desde la dispersión. Pero David sabía que, a pesar de sus defectos tan exclusivos como ellos, la nueva humanidad no podía desplazarlos, pues su tendencia no es la de nivelar, sino la de asociar diversas unidades. Su espíritu bíblico, profético y revolucionario llevábalo a Lenin, Liebknecht o a Rosa Luxemburgo; pero su racionalismo positivo lo impulsaba al agio cosmopolita de los Rotschild. ¿Cómo hallar una fórmula para neutralizar las fuerzas de esta dualidad? El camino a Palestina, a la dulce Sion, parecía abrirse como una ruta salvadora; pero habría que desprenderse primero de las profundas escamas de la costumbre. Otros vendrían después. . .

A las siete de la tarde no quedaba nadie en la casa; pero, a las seis en punto, David firmó el último cheque en blanco.

Nadie, porque el otro, el que le dolía a David en la carne y que había sido como una contribución impuesta por la naturaleza a su equilibrio perfecto, debía haber partido también. ¿Y quién daría un paso por retenerlo? Desde que se tuvo la certeza de su anomalía, pasó a ser



la bestia negra de la casa. Como herida en su feminidad, ni su propia madre se apiadó de él. Y las reprimendas y las maldiciones de su padre, hicieron llover más fuego que en Sodoma y Gomorra sobre su cabeza. Se hubiera dicho que David no perdonaba ni a Lot, el justo, por haber pisado tan sólo el polvo de las ciudades malditas. Esterilidad, persecución, mofa, asco, abandono, miseria y todo un cortejo de siniestras aventuras, creía ver David a través de los ojos angelicales de su hijo Saúl.

Aunque tenía la convicción de que podía llevar éste una vida fácil en su época tolerante; aunque supiera que la naturaleza es la única medida del hombre; aunque la Ciencia le diera mil explicaciones — ni Dios interesaría dárselas más claras sobre el caso de su hijo — David no se conformaba.

El aspecto exterior de Saúl no lo delataba, y sólo una extrema susceptibilidad lo distinguía de los demás. Si alguien lo hubiera puesto en descubierto con una frase infamante, no lo habría arrojado a esa cámara oscura, en que uno se revela con una dolorosa nitidez, sino a ese antro donde se prefiguran las grandes aventuras del espíritu. Sin embargo, hasta su encanto misterioso y su seducción innegable, alteraban a David cuando lo tenía delante.

Afectuoso de corazón, Saúl sufría con la frialdad de su familia; mordaz por defensa natural, en lo alto del retiro en que se había encastillado, sonreía de la inocencia y puerilidad de los métodos que empleaban para enderezar su vida. Con tanta hostilidad, ¿no estarían empujándolo al orgullo demoníaco de su flaqueza? ¿En el

fondo, aunque fuese de muy distinto linaje, no era su problema semejante al de su padre?

David tenía los pies fríos y la vista nublada. Se sacó los anteojos, les echó el aliento y los restregó con el pañuelo. Pero el malestar continuaba. ¿Iría a enfermarse también? Cuando se puso de pie, vino a darse cuenta de que tenía hambre.

Comió solo. Y por primera vez dióle un poco de repulsión el lujo desmedido de su casa. La ceremoniosa obsequiosidad de la servidumbre lo cohibía en la soledad como a un pobre visitante. Le pesaba aquel boato como una joroba o una excrecencia dorada, saliéndole sin término en todo el cuerpo. Bebió más que de costumbre, pero el vino ya no lo alegraba.

Cuando el paciente Job, roído por su lepra celeste, iba camino del muladar, ¿no llevaba una cara semejante a la de David, en el límite de su verdadera grandeza? Y no era que hubiese comenzado a escuchar el concierto de las esferas. Sucedió que el rumor de la vida no le llegaba ya como el vocerío de un combate, sino en un coral libre y simple como un canto llano.

¿Por qué no iba a detenerse David a la hora en que el tiempo detiene las horas como en un remanso? ¿No tenía la suficiente porción de bondad, para que saliese de ella la prueba, que permanecería como una herida abierta a la revelación? Pero él no estaba maduro todavía, porque ese descendimiento meridiano, esa seguridad sin juicio y sin palabras, no había sobrevenido aún en su espíritu. Sólo en la total obscuridad vería David los hilos con que estaba atado a lo absoluto.

Cabizbajo, sensitivo, en ese estado en que la dolencia de los sentimientos está pronta a hacer crisis en una iluminación de la mente, David recorrió las habitaciones vacías de sus hijos. Mas, al entrar a la pieza de Milka, lo invadió una tristeza llena de esperanzas. Como José cuando reconoció a sus hermanos en Egipto, volvió la cara para llorar. El también acababa de reconocer en su interior una emoción limpia y reclusa en el fondo de los años.

David se extrañó. El dormitorio de Saúl estaba iluminado. Caminó hasta la puerta y lo miró por el postigo entreabierto. Estudiaba. Con los ojos bajos, parecía una niña; con los ojos abiertos, un sabio.

David sintió deseos de posar la mano sobre su cabeza. Por primera vez, desde que Saúl era niño, lo miraba con ternura. No tenía piedad de él; comenzaba a comprenderlo. Lo amaba desde ese instante; se amaba en su soledad.

Entró.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches.

—¿Por qué no te fuiste con los demás?

—Todavía no me has expulsado de la casa.

—¿Quieres acompañarme a dar un paseo?

—¿Salir a la calle contigo, padre?

—Sí.

BIBLIOTECA NACIONAL  
REPUBLICA CHILENA

## NUESTRA HERMANA NOEMI

*Yo soy un Dios celoso y habito en  
medio de ti; purifícate y cobra ánimo.*



Jonathan sabe soñar, pero no tiene tiempo para nada. La abundancia le ha echado la soga al cuello y no lo deja casi respirar. Bajo montones de títulos y facturas, queda sepultado desde las primeras horas de la mañana cualquier intento suyo de liberación. Qué brillo de fiebre cobra en sus labios la sola palabra extraordinario. Pero las cosas ya están escritas y la tierra lo atraerá sin compasión hasta el final.

Mas hoy es un día que quiere huir del tiempo apremiante y no ser un enorme número de calendario. Hoy el pobre sueño ha golpeado con mucha timidez los muros del estrecho y lujoso ghetto en que se ha encerrado Jonathan por su propia voluntad.

Desde el primer piso, entre voces desfiguradas y acordes de ensayo, llega hasta su escritorio un sordo martilleo. Jonathan camina de un lado a otro, sin saber lo que busca.

—¿Habrán colgado ya las guirnaldas y la campana de azahar? ¿Estarán ensayando la Marcha Nupcial? Les rogué que eligieran la de Mendelssohn. Tocarán otra. Lo sé. Me da lo mismo. Todo esto cuesta un dineral.

Sin embargo, no se decide a bajar. En su casa no es tan imprescindible como en el laboratorio. Se asoma al balcón. Las anchas aceras están desiertas y el sol es un elefante blanco que llena la calle. Las puertas de las grandes casas crujen de insolación.

—Noemí lleva dos días de atraso. No puede haberle sucedido nada. Noemí. . . Nuestra Noemí. . .

Y el nombre de su única hermana, que se le ha escapado de la boca como una clave olvidada, lo hace sentir de súbito ese peso delicado que le dejaban en el pecho los recuerdos de su niñez. Porque la vida silenciosa de la memoria tiene un cielo de un gris intenso y está impregnada con la tristeza esencial de todas las cosas.

Noemí trae el borch y los deliciosos leiber de la abuela lente; trae las botas escarchadas en la escuela de la aldea y el fustazo en plena cara que recibió el abuelo Jechua del barin de Kazán; Noemí trae la relojería del mago Simón Meyer. . . Con la misma lupa para aumentar las minúsculas maquinarias, que sostenía el viejo, frunciendo un ojo, quería él mirar los astros a medianoche. Noemí trae la pobreza friolenta y el buen pan del primer oficio; trae los dulces abedules y el canto rojo de la herrería bajo los albos copos. Noemí trae el maravilloso viaje a la feria de Novogorod; trae las niñas de nieve, con sus tiaras estrelladas de lentejuelas, graciosas como las cúpulas de San Stanislas. Noemí se aleja con el cascabeleo de una troika que podría caminar por Rusia a través de la eternidad. . .



La puerta del escritorio se abre de improviso. Jonathan no ha vuelto en sí del todo, cuando escucha los gritos de su mujer.

—¡No he visto en mi vida semejante indolencia! ¡Tú siempre igual! Falta media hora para que se case tu hija y ni siquiera te has vestido. Por favor, Jonathan, terminemos de una vez.

Pero a Jonathan le costó un triunfo desarraigarse del aire. Se puso rojo con sólo imaginar que su mujer pudiera haber adivinado sus divagaciones. Salió del escritorio, corrido como un niño.

—En cinco minutos estaré listo.

Frente al suntuoso espejo florentino, ella quedó aderezándose el tocado de encajes negros que reavivaba en su rostro esa aristocracia perdida con la última moda. Después siguió a su marido al cuarto de vestir. Ella, la última palabra en todo, a quien Jonathan debía la rara adquisición del buen gusto, no podía dejar de vigilarlo mientras éste se mudaba ropa.

—¿No te inquieta el atraso de mi hermana Noemí? Me dice en sus cartas que desea asistir a toda costa al matrimonio de mi hija. La pobre tiene que haber sufrido atrocemente con este viaje forzado. Y no quiero ponerme a pensar en los días que debió pasar en Alemania.

Pero su mujer tenía un verdadero sistema de actitudes. Ahora eludía cualquiera alusión a la desconocida que era para ella esta hermana de su marido, que caería en la casa como un bólido. Mirándose el barniz de las uñas, dijo en un tono ambiguo:

—No ha sido por culpa nuestra. Tú fuiste ayer dos veces a esperarla a la estación. Hoy mismo, que no es el día más a propósito, le hemos mandado el coche, por si llegaba. Además, para eso están los telégrafos.

—Es extraño, realmente.

Y apretando los ojos, para que esas lágrimas inoportunas y fuera de toda etiqueta, rodaran de una vez, Jonathan dijo en voz baja, como hablando solo:

—¡Qué bonita se verá de novia la niña! Pero es muy triste que me lleven una hija.

Bajando la escala de mármol, cuya amplia gradería desembocaba en el hall de recibo con una pompa de ópera, Jonathan y su mujer habían tomado, inconscientemente, un paso teatral. A pesar de que el sol entraba por las altas ventanas, todas las arañas estaban encendidas. Los invitados respiraban con dificultad en aquella atmósfera acolchada de tapices, saturada con los perfumes de las señoras y de los canastillos de flores. Jonathan no lo hubiera confesado nunca, pero estaba orgulloso hasta la soberbia de todo aquello. Lucía una sonrisa triunfal, como si hubiera sido el invitado de honor en aquella fiesta espléndida. La angustiosa inquietud por su hermana, el apego a su hija y el placer que le comunicaba la visión palpable de su riqueza, creábanle un difícil problema de conciencia. Estaba como esos niños que siguen sollozando entre risas, aunque les hayan entregado el juguete que les escondieron.

Iba ya a empezar la ceremonia, cuando el mayor-domo se acercó a hablarle a la señora:

—Acaba de llegar en este momento la hermana del señor. He ordenado que dejen su maleta en la repostería mientras tanto.

—Está bien. Pero no hay tiempo para recibirla. El obispo no puede esperar más. No le avise a nadie. ¡Qué falta de tino!

Y sin cavilar más, fué a reunirse al cortejo que la esperaba. Jonathan entraba del brazo de su hija en ese instante.

Transpirando, llena de tierra, con el chal desteñido que le sirvió también para apoyar la cabeza en los duros asientos de tercera. Noemí apareció en medio de los invitados. Su sorpresa y su aturdimiento la paralizaron momentáneamente. Como confabulada con el escándalo que provocó su aparición, la elegante Marcha Nupcial de Grieg, añadía cierto exhibicionismo a su infelicidad. Era gorda, tenía el cutis asollamado, las facciones gruesas y los pies apelonados. Caminaba con un vaivén de gansa doméstica y como distraída. Sin embargo, bajo su masa de cabellos cenicientos, la bondad picaresca de sus ojos la volvía entrañable y más que maternal. Tenía como un nimbo de secretos caseros y de sufrimientos tragados en silencio. No obstante, con esa deshumanización característica de los figurines, así lo definió su cuñada al divisarla: "Es simplemente ordinaria".

Nadie se le acercó. Pero ella era demasiado sencilla para preocuparse más de lo conveniente del efecto que producía su presencia en cualquier sitio. Prescindió de todos y pechó hasta conseguir colocarse en primera fila. Estaba ansiosa de contemplar a gusto el emocionante ri-

tual del matrimonio judío. Pero no vió ni la ronda de varones, ni a los novios bajo palio al aire libre. No oyó el ruido de los vasos quebrados, ni la voz del Rabino, fluyendo del Libro de los libros. Casi agobiado bajo el peso de su deslumbrante capa pluvial, como un ídolo cincelado en oro, un obispo católico bendecía a los hijos de su hermano.

Jonathan estaba de rodillas junto a su mujer. Se cubría la cara con las manos. Noemí no quiso llamarle la atención. Sentía un profundo desgano, como si la hubiesen vaciado. Pensaba: "Otra religión, otra vida, otro hermano". Y fué abriéndose paso hasta que logró salir de la aglomeración.

Había un niño sentado en el primer peldaño de la escala. Noemí lo reconoció en el acto. Jonathan había enviado un retrato de su hijo menor. Llegó hasta él, para abrazarlo y besarlo.

—¡Yo soy la tía Noemí y tú el sobrino Bob!

Pero el niño se debatía con visible asco en la blandura de su pecho.

—Estás sudando. Mi mamá ha prohibido que nos besen.

Noemí no le hizo caso. Sacudiéndose el vestido, le dijo en su media lengua:

—Tu tía ha viajado mucho. Los trenes son sucios.

La ceremonia había terminado. Jonathan se apresuró a abrazarla. Pero no tuvieron tiempo de hablar. Los desprendía la avalancha de gente. Su cuñada estaba frente a ella. Estirábale la mano como a una extraña.

—La esperamos desde hace dos días. Mi marido estaba intranquilo y yo no podía explicarme por qué no telegrafiaba.

—Quise darles una sorpresa. Me quedé un día más en casa de mi prima Rujl, en el puerto. Estamos tan dispersos los de la familia, que tenemos parientes en todo el mundo.

—Tomará un baño y se cambiará traje, naturalmente. Cualquier empleado puede mostrarle su cuarto. Disculpe, voy a atender los invitados.

Noemí no volvió a bajar.

---

La casa había quedado, por fin, en silencio. Impo-  
nente, fría como un símbolo, la escala de mármol pare-  
cía condensarlo. Arrinconado en el sofá de su escritorio,  
Jonathan no era sino un niño cumpliendo su condena a  
la pieza oscura. Estaba solo, como todos los hombres  
de regreso o que salieron unos instantes a mirarse vivir.  
Podría haber permanecido hasta el amanecer en esa hon-  
da confesión con las tinieblas, pero un andar conocido  
vino a turbarlo.

—¿Noemí?

—Noemí.

—¿Sabías cuál era mi escritorio?

—Todavía fumas el mismo tabaco fuerte.

—Has hecho bien en venir. Estaba muy solo. Hasta  
ahora no hemos tenido tiempo de hablar, de explicar-  
nos...

Noemí se sentó a su lado y le buscó las manos para acariciárselas. Una vuelta al mundo valía para ella este solo instante. Jonathan buscaba en su corazón la mayor delicadeza.

—Creí al principio que no bajabas a la fiesta, porque te sentías fatigada. Tuve después un mal presentimiento. Yo conozco a los míos y te conozco, Noemí.

—Como nos conocemos demasiado, no vale la pena insistir en un día como hoy.

Entonces Jonathan reveló en unos instantes lo que tenía guardado desde hacía años.

—Si no fuera por esta satisfacción de los negocios en marcha, que va siendo, día a día, mi único refugio, no tendría más aliciente en la vida. Me sobra el dinero, pero si dejara de acumularlo, quedaría como muerto. Ya no me rodean sino cosas. Y he llegado a amarlas, Noemí. Hasta mis propios hijos se escabullen de mi cariño y de esa preocupación que siento por ellos, casi como una tortura. Parece que les desagrada hasta mi efusión cuando los beso. Su madre... En fin, yo tengo la culpa de que vaya muriendo en ellos, lo que en mí y en ti, tendrá que ser eterno. Pretendí formar una familia y no hice sino esparcir ceniza al viento. Ya se acabó el amor y ha surgido la hostilidad del otro lado bajo mi propio techo.

—Estás equivocado, Jonathan. Aquello desaparece en apariencia, pero es eterno. Son tus hijos. Y da gracias a Dios, hermano: tú y ellos viven al abrigo de una fortuna, al resguardo de una clase tan fuerte y tan celosa como una patria. En cambio, yo y miles de otros,

estamos en descubierto. Hazte cada año más poderoso, Jonathan.

—Para ti y para los míos, Noemí. Te suplico que aceptes ahora mi ayuda.

—Cuando se me terminen las fuerzas, te daré ese consuelo. Sé que serás feliz entonces.

Jonathan ya no exigía con su voz metálica. Se le quebraban las palabras en la garganta. Su orgullo material lo hacía sufrir más que sus descalabros morales.

—Hace una semana—dijo—quise darme un gusto. Tenía verdaderas ansias de comer un plato de esos gefilte-fish que tú preparas tan bien. El cocinero los hizo bastante sabrosos, pero mi mujer se levantó de la mesa, diciendo que no podía soportar ese olor a comida de gitanos. No recuerdo bien, pero debí soplarle en mi idioma algo no muy fino. Es un combate continuo, Noemí. Por eso te ofrezco mi casa con temor.

—Ya no puedo subir escalas, hijo. Viviré en un primer piso y le tendré más cerca de aquí. Tu retrato es mi *mezzie* a la cabecera de la cama.

Jonathan ignoraba que hubiese para cada cual tanta reserva de tristeza en el mundo.

—Tú has sufrido lo indecible, Noemí. Mereces que te sirvan de rodillas.

Noemí no le respondió, sino que con una palmada cariñosa; pero se decía en lo interior:

—La que ha visto cómo se deshace un hijo muerto de días en los brazos de su madre; la que ha dormido en un establo junto a los apestados sin socorro; la que ha llegado a dudar si es un ser humano; la que llevó

colgando del cuello, durante meses, como una bestia de feria, un letrero escrito con su propia sangre: JUDE; la que ha seguido la trágica fila en la Tierra de Nadie; la que sabe lo que es convertirse, en cuerpo y alma, en una industria como cualquiera, y está viva, ya no pide más...

Y como si lo hubiera formulado, exclamó:

—Todo se arreglará. Esto no puede durar. Yo no he venido a entristecerte, amigo.

Jonathan temblaba como una hoja; pero Noemí había mentido transitoriamente con aquella calma. Traía en lo más recóndito una consigna de lucha sin cuartel. Pudo pronunciar una palabra, una breve palabra, y como con una diminuta porción de radio, lo hubiera traspasado todo. Se contuvo, sin embargo. Sabía que el alma de Jonathan era una tierra demasiado labrada. Ella la haría descansar, para volver a cultivarla con las herramientas de sus armas.

Apoyó la cabeza en el hombro de su hermano y estuvo mucho rato sin hablar. Recibía su aliento como un don del cielo. Después fueron reviviendo hasta tal punto los viejos tiempos, que la babe lente, mientras limpiaba el samovar, les contó la última historia de la noche:

“Hace siglos, hubo un hombre muy feliz. Entre los ricos plateros y los que no tenían más fortuna que su cogulla infamante, vivía prisionero en el ghetto de Venecia, cuyos muros tapaban el mundo. A él nada le importaba que el Gran Gonfaloniero dispusiera a su ar-



bitrio de la inmensa llave de sus puertas, porque todas las tardes escalaba la almena más alta y sentía en verdad que las nubes resbalaban por su mirada, como una caricia de la mano de Dios”.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA

JESSICA



## Alba del lago.

—Cuando el volcán amanece envuelto en esos nubarrones desilusionantes, los hoteleros deberíamos rebajarles el precio a los pobres turistas.

—Todo lo contrario: deberíamos subirlo, porque los nubarrones les aumentan la curiosidad.

Desde la oficina, la risa trepaba los dos pisos del Hotel. En el silencio de la madrugada, penetraba la madera de los techos y de los tabiques, como en una caja de resonancia. Pero recordaron de pronto que no estaban en la risueña casa de Viena, y que debían cuidarle el sueño a los extraños. Entonces Ismael paseó sus gafas por el libro de cuentas y Jessica se puso un dedo en los labios, como un ángel grave de Yahweh.

No, decididamente, no tenían ganas de trabajar. Como si se hubiesen visitado en sueños, padre e hija habían amanecido con una felicidad pura y ajena a todo motivo de felicidad. Podían caber en su alegría la mañana redonda del lago; el río espumoso de los corderos por las angostas calles del pueblo, y la luminosa cara-

vana de pequeñas nubes, esponjándose y descendiendo en torno al agua azul. Podían caber los mil rostros frescos y adorables del día recién nacido; pero, medio a medio de su alma, el júbilo cantaba por sí sólo. Cantaba como el pájaro que no se escucha, porque se ha vuelto todo canto.

Tuvieron que salir al huerto, a respirar a pleno pulmón ese aire tierno como un tallo. Ismael hablaba y hablaba, como su padre, como sus hermanos.

—Jessica, ¿cuál fiesta es hoy, que estamos celebrándola desde tan temprano?

—Es un día como todos los días, papá.

—¡Ah! cuando el tío Isaías se despertaba así, riendo por todo y por nada, nos decía: "No hemos perdido por completo el Paraíso Terrenal. Cada uno tiene un pedazo de su territorio, abandonado en medio de sus abandonos".

—¿Era poeta el tío Isaías?

—Fué un hombre incomprendido y sencillo. Simplificaba las cosas más obscuras y les descubría un origen sorprendente a las más simples. Tal vez era un poeta.

Y nombrando las flores del camino, Jessica se llenaba el pecho de colores y perfumes. Con un fino tacto de estambre, acariciaba las diminutas mejillas de las rosas silvestres y removía los helechos irisados de rocío. Los helechos a borbotones, como el verde hervor de una tierra de hojas; los helechos, como vegetales plumas o savia dura; el encaje de los helechos, tejido a fuerza de tanto espeso oxígeno o de selvas traspirando.

Ismael hablaba y hablaba:

—Que nadie nos diga que no somos hijos de Dios en una mañana como ésta. Pues hoy sería capaz de realizar mi mejor obra y de perdonar a mi mayor enemigo. Y el mundo salió así de las manos del Señor: de puro gozo.

—Lo demás queda entre nosotros.—exclamó Jessica, echando en la risa su aliento sabroso.

El jubileo del día creciente seguía celebrándose, y el Levante era ya famoso, como toda flor desde su primer momento. Pero ellos tuvieron un repentino temor de sí mismos. Estaban siempre tan solos con su dolor o su dicha en medio de las cosas creadas. La fuerte tensión de sus estados desplazaba hasta las zonas intermedias de su espíritu y los dejaban sin comunicación interior con los demás seres. Volvían en sí como de una gran altura o como el río salido de madre que se recoge a su cauce.

El cuadro perfecto de la hortaliza, con su tierra acanalada y su plantación, parecía haber sido depositado, ya hecho, en el suelo. Era el juego en serio de Jacobo; un mundo de agua y verdura, donde se movían mejor sus quince años.

Jessica se puso a cortar fresas. Entreabría las matas tibias y aparecían los frutos bermejos, rosando la tierra, como duros pezones. Después llenó su cesta de grosellas y frambuesas. Saltaba, corría, cantaba:

—¡Estas son las únicas flores que se comen!

En qué clara corriente, con qué jabón y qué almidón olor a risa limpia, lavaba Jessica su ropa de verano,

que la luz la envolvía entre rápidos anillos y la laceaba como a un caballito blanco.

Un vendedor de salmones los atajó en la puerta. Aún temblaba en su canasta la carne dulce y anaranjada de los pescados. Y conservaban todavía en las escamas ese iris de madreperla que transportaba a Jessica a la ventura de una fabulosa vida submarina.

Apenas la hubo divisado, Hans corrió desde el muelle a saludarla. Brillábale al sol la cabellera, como un casco dorado. Ismael le hizo una venia que pudo tomarse por cortesía, y llamó a Jessica con un pretexto cualquiera. Pero ella alcanzó a hacerse inolvidable de una sola mirada.

La resaca suave ceñía el lago con una alba cintura, y la forma del volcán cargaba la atmósfera como un gran seno de mujer.

---

### La lámpara.

Las noches del sur acumulan sus sombras con dificultad. Después de un crepúsculo inacabable, flota hasta muy tarde una película luminosa que va volatilizándose. Y cuando las grandes estrellas australes rompen el cascarón obscuro del cielo, el frío se hace distancia y surge el silencio como otro elemento de la naturaleza que vencer.

Ismael enciende la lámpara, que congrega a los suyos como a las mariposas nocturnas. La ventana ilumi-



nada mantiene hasta las altas horas su presencia de corazón cordial en medio de la salvaje intemperie. Porque el paisaje habitual, liberado afuera de toda presión humana, se ha vuelto amenazante. Y hay un acecho de selva profunda, pugnando contra la casa.

El círculo luminoso de la lámpara crea, dentro de la misma estancia, un límite tan vivo y un plano de sombra tan lleno de sentido, que se pasa de un mundo a otro en la intimidad.

Devanando los recuerdos como una antigua lanzadera, la memoria atormenta a la abuela Rebeca. No habla, no se queja, pero permanece en la penumbra y morirá de vieja, como si la hubiesen asesinado. Jacobo tiende el mantel y reparte los platos, como quien distribuye caras de confianza. Cuando la mesa está dispuesta, Ismael empieza la lectura santa. Hoy será el clamor entre ruinas, la voz de león herido de Jeremías:

“Yo me acuerdo de tu amor cuando eras joven. Desde hace mucho tiempo quebrantaste tu yugo, rompiste tus lazos y dijiste: Yo no quiero más ser esclava. Pero al pie de toda colina alta y debajo de todo árbol frondoso, te has encorvado como una prostituta”.

A pesar de su calma filosófica y de su índole tan bien temperada, Ismael se desdobra y alcanza su verdadera altitud moral en compañía de la feroz soledad de los Profetas. Porque las profecías quedan cumplidas, para él, desde que ellos las enuncian. No le concede al tiempo la realización de las predicciones, sino al poder inmediato de sus esperanzas y de sus temores. Como una prueba del amor más ciego, comprende el lenguaje de

los Profetas Ismael. Así las catástrofes y los días de goce, lanzados al espacio por las palabras, se consumen en su espíritu como en una eternidad. Por eso, cuando el padre lee o habla por boca de su destino, Jessica y Jacobo le tiemblan como al jefe divinizado de un clan.

El silencio litúrgico va cediendo paso imperceptiblemente a las cosas cotidianas. Inconsciente, por tradición, de la belleza de su ritual, Ismael corta el pan y lo bendice.

**Boruj ato Adonai  
Eloeino meilej oilam.**

Luego la conversación se anima.

—Padre, tú odias a Hans.

—No lo odio, pero no me es indiferente, como lo hubiera querido.

—El no tiene la culpa de ser hijo de alemán.

—Tú tampoco tienes culpa de ser hija de judío.

—Sin embargo, presiento que podría ser mi mejor amigo.

—Yo no te lo prohíbo, pero es necesario que lo sepas: Aquí vamos entrando también en la línea de la sombra, en la cuarentena de la lepra...

—No me lo prohibes, pero manifiestas tu desagrado ostensiblemente, cada vez que te lo nombro. Respeto a lo demás...

—Cada vez que me lo nombras, es verdad. Está demasiado comprometido con las infamias de los suyos. No olvides, Jessica, que yo vivía en Austria como un aus-

tríaco, y que sólo vine a orientar mis negocios como un tránsito dentro de sus fronteras, cuando ellos me pusieron fuera de la ley.

Ismael refrenaba su furioso mesianismo. Para no contrariar tanto a su hija querida, lo quemaba como un viejo papiro. Añadió:

—Nuestros abuelos vivieron en Oriente, en esa **“tierra trabajada por los milagros”**. Nuestros abuelos hablaron en su lengua con los ángeles y decapitaron las estatuas de unos dioses más débiles que los hombres. Ellos no pueden abandonarnos. No nos abandones tú ahora.

A medida que escuchaba a su padre, Jessica sentía su judaísmo como una llagadura; pero era ya demasiado tarde. Ismael acababa de entregarle todas las contradicciones y las vallas infranqueables de que vive el amor. Dijo:

—Hay que ser justo, padre. La mayoría de los israelitas siguen adorando a su becerro de oro.

—Pero siempre desciende Moisés y se los destruye con las Tablas de la Ley.

—Ahora ha descendido, padre.

Entonces apareció en el rostro de Ismael ese rictus inextricable, que no lo diferenciaba de un demonio o de un arcángel. Respondió:

—Ha descendido, pero es menester defenderse hasta de la ira de Dios.

La comida terminó en silencio. Sólo un pintor teológico del cuatrocientos, con su simplicidad y su ciencia en la disposición jerárquica de las figuras, habría podido pintar a la familia de Ismael en aquel instante.

## El angel de pie

Había quedado de venir a buscarla al amanecer. Jessica no pudo dormir durante la noche y estuvo paseándose frente a la tapia del huerto, mucho antes de la hora convenida. Las luces del gran hotel del balneario permanecían aún encendidas. El estrépito de la vida de aquella gente en perpetua fiesta, llegábale desde lejos como una onda de alcohol. Pero ella estaba también embriagada, porque la sangre se le precipitaba en el corazón y acudían en tropel a sus labios, esos pensamientos mutilados que se convierten en un ritornelo torturante, cuando esperamos a sangre fría algo que nos aterra, que ignoramos o que no quisimos prever.

Hans traía los caballos de las riendas. Montaron y salieron de un galope hacia las afueras del pueblo. Cuánto había deseado ella este momento. Hans era uno de los pocos que conocían en Villarrica la ruta más segura para llegar hasta el cráter del volcán. Aunque Jessica no hubiese amado a Hans, el peligro de esta excursión la habría obligado tal vez a quererlo, con la angustia que amaba todo lo que la hacía desconocerse y adquirir una personalidad casi irreal. Pues ella no alcanzaba todavía a diferenciar su verdadera esencia, de los límites de la realidad ajena.

Era muy posible que esta aventura no fuese para Ismael una acción irreparable, pero Jessica tenía la sensación de una huída infinita.

Como prisionera de una noche delgada y muy breve, el alba trasponía con una claridad madura los montes que circundan el lago. El agua, pegada casi a la orilla del cielo, reabsorbía su luz como la entraña marina de un zafiro.

Cuando comenzaron a faldear los cerros, bajaban ya del interior las pequeñas carretas de la región, tiradas por bueyes de grande alzada, con un yugo angosto como la frente de sus arrieros. Junto a los pilotes de un embarcadero, desnudos hasta la cintura, realizando un prodigio de equilibrio en una estrecha tabla, corrían los leñadores a depositar en un lanchón su carga de más de cien kilos. Los trozos de raulí rojeaban como muñones sangrientos sobre sus hombros de toros.

Ulmo, tepa, olivillo, coihue, alerce, roble, raulí. Jessica repetía hasta el placer los nombres de los árboles del sur. Eran para ella las facciones inconfundibles del paisaje. Hans mostrábale las cosas de la naturaleza, como quién exhibe interesadamente sus sentimientos más puros.

—Este árbol se llama Ñiri. Es un alerce degenerado por la altura.

—¡Ñiri! Es un nombre de árbol que parece el canto de un pájaro.

Después de repechar los primeros lomajes, miraron desde una eminencia descubierta la amplia hondonada. El sol había salido. El lago tenía ahora una lumbre helada y quemante de ventisquero. Sostenido en brazos por las montañas, como un valle líquido, todo disminuía y se replegaba a su alrededor: las siembras, los caminos, las

colinas forestales, la labranza. Y sobre todo las casas del pueblo, las tiernas casas de madera, que se volvían tan infantiles. Filudos techos de calamina; techos de rama ahumada; azulosos techos de pizarra; techos de dulce teja romana; techos de teja grande y tostada como un pan.

Jessica lo oía hablar:

—El volcán tiene la misma conformación que el lecho profundo del lago. Si pudiéramos invertirlo, cabría exactamente en él. La altura se ha equilibrado con una depresión idéntica.

Y ya era un goce, para ella, el choque de su apasionamiento con la exactitud de Hans.

—Por eso es raro encontrar en el país un lago que no tenga un volcán, montándole guardia frente a frente.

Descabalaron a corta distancia de los primeros planchones de nieve. Jessica se tendió junto a unos arbustos. Y cuando Hans se acercó a pasarle su termo con café y lo tuvo cara a cara, comprendió que había embellecido la imagen que tenía de él. Ya no le parecía sino un hombre joven, cuya hermosura surgía continuamente de la virilidad y desenvoltura de sus movimientos. En medio de la soledad y de aquel silencio que debelaba hasta el paso embrujado de un zorro, Hans no era sino el hombre. Su aliento la turbó más que una mano atrevida. Después todo ocurrió en silencio. En el silencio con que van abriéndose adentro los deseos; en el silencio con que se lleva el cuerpo, como un secreto; en el silencio que cae con la tarde sobre el animal amoroso en los pastizales.

Pero Jessica no lloró ni tuvo vergüenza. El amor la habría atacado por la espalda cualquier día, encontrándola sin armas y con la misma nitidez. Sólo que ahora no había conocido el placer. Se levantó dolorosamente. Sentía que la sangre le subía a los ojos. Hans desapareció a su vista durante unos minutos. Miró su caballo reluciente de sudor y tuvo asco. La había asaltado la visión de sus botas y de sus muslos potentes, apretando en la carrera los costados de la bestia, como los de un cuerpo sumiso y estremecido. Blanda, lo más blanda de la tierra, quiso ser en un momento para él; pero ya estaba de pie. Y sintió miedo, porque comprendió de súbito que su entrega la había arrojado a un desierto sin fin. Entonces tuvo el primer desfallecimiento verdadero del espíritu. Una caída hacia dentro, que le creaba y le hacía palpable lo infinito de su alma. Nunca necesitó más una voz familiar, una confianza inocente, un quehacer doméstico que la devolviera a la tibieza protectora de sus costumbres.

Mudos y distantes continuaron la ascensión. El silencio atmosférico iba petrificándose en grandes bloques de hielo. Subían por un desfiladero abierto en una masa de luz fría y punzante. Nieve, blanca nieve, posada en el pecho del fuego y como durmiendo con un criminal. Agua alba, copos, avalanchas de nieve, intentando la eternidad al ras de las llamas.

Jessica se volvía cada vez más sola. Ya no le parecía un desierto la vida, sino un páramo que iría poblándose de caras ansiosas y extrañas. Pensó en los últimos días pasados con su padre y su hermano; pero

los buenos recuerdos habían perdido su diafanidad. ¡Qué advenimiento de tristeza la primera conquista del espíritu! Hallaba falsa hasta la alegría gloriosa de sus mañanas junto al lago. Descubría una sonrisa maligna, un brillo de fiesta vecina a la muerte, en el abandono del paisaje. Su cielo tenía esa exasperante serenidad de los cielos que contemplan los terremotos y las grandes hecatombes.

La sensación de dolor que le dejara su primera experiencia amorosa, la impulsaba a desconfiar de la existencia de un placer que la hiciese perder en adelante el dominio de sí misma. El convencimiento de que Hans no significaba ya nada para ella, puesto que no reaparecía en su actual estado de alma, le produjo el vacío interior. Y allí se instaló Ismael de cuerpo presente. Se instaló a gobernar con su amor, con sus odios, con sus prejuicios, con sus marcas de raza. Jessica ya no escuchaba sino el clamor de su sangre. Y le tuvo terror.

En sus manos estaría después repararlo todo, con un poco de disimulo; pero ella no tenía valor para vivir, una doble vida a espaldas de un ser tan querido. Acababa de saber hasta qué punto esclavizaban la alegría y la libertad que Ismael les había otorgado. Se desesperó.

Escalando montones de escoria, llegaron al borde del cráter. El viento dispersaba un vapor denso y amarillento de solfatara. La lava tenía el burbujeo gelatinoso del asfalto en ebullición. Chapoteaba en su hervor como un reptil en una ciénaga. El ambiente fuliginoso ponía los nervios en ignición. Parecía que el suelo se ablandaba y podía quebrarse como una cáscara delgada.



Rígida, desafiante, Jessica miraba aquella grieta infernal. Bastó una palabra de Hans para enloquecerla. Poseída de un orgullo diabólico, como un reto y un latigazo, le tiró a la cara su humillación, su viejo dolor, su temerosa soberbia. Dió un paso adelante y se arrojó al cráter.

Era el mediodía. La nieve resplandecía tanto que no se hubiera advertido el paso de un ángel.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

EN LA MUERTE DE SAMUEL  
GOLDMANN



—Desconfíe de todo y no los deje solos por ningún motivo. Encuentro que mi condescendencia es una verdadera temeridad. He aleccionado al niño lo suficiente, de modo que no le costará mucho hacerse obedecer.

Rojiza, redonda como una torcaza, Madame Durand recibía al pie de la balaustrada las órdenes de la señora. La sentía caer como una lluvia metálica sobre su inverosímil capota de viaje. En el colmo de los nervios, llegó a cortarle la cadena a su guardapelo en forma de corazón. Los silbidos de la huasca y las patadas de los percherones monumentales, enganchados al viejo landau, la ponían fuera de sí. ¡Sacarla de su tierno costurero, desprenderla de sus anteojos bondadosos, detener la alegoría matinal de sus lecciones para lanzarla con su pupilo a la ordinariez de un viaje inexplicable!

—Que el niño no saque la cabeza por la ventanilla. Podría guillotinarsé. Vigile las comidas y la temperatura del baño. Una no sabe qué cosas raras tiene esa gente.

Tras la negra espesura de los árboles, el crepúsculo morado perdía su furiosa luminosidad. Filtrándose por los claros de los troncos, teñía con una tinta diluída los ca-

minos perfectos del parque. Adheridas a los muros blancos de la casa georgiana, las buganvillas violáceas irritaban de color. El jardinero regaba los retamos a toda agua. Los macizos amarillos exhalaban un perfume de panal mojado.

Vestida como una reina loca en exilio, la abuela salió a la terraza con el niño. Y Madame Durand recobró al instante su postura diametral de institutriz. Le tenía pavor a esa anciana que ahogaba la atmósfera vasta y sana del campo, con su rigidez protocolar de Cancillería. Cuando le servía de dama de compañía y la miraba mostrar el horizonte con su puntiagudo bastón de ébano, Madame Durand tenía la impresión de que alcanzaba a pincharlo.

—No llores más. Ya has llorado lo necesario. A fin de semana estarás de vuelta.

—No lloro por eso, abuela. Tú misma me dijiste que el tío Samuel se iba a morir.

—Madame, recójame los impertinentes. Benedicta, tu hijo Nicky es un Jeremías.

—Yo no tengo la culpa, mamá. Además no había para qué leer la carta de Samuel Goldmann delante de él.

Pero el niño seguía llorando inconsolablemente. El vago recuerdo del tío Samuel se le unía en una conmoción oscura y exagerada a la inquietud del viaje. Era como si se hubiese propuesto sollozar por un fantasma olvidado.

La abuela adoptó un tono demasiado melifluo para ser sincero y producir su efecto:

—Los hombres no lloran, Nicky. El propio tío Samuel no derramó una lágrima, cuando escribió que se sentía tan enfermo y que deseaba verte. Tú debes llegar muy alegre a su casa. Porque si te portas mal, no te regalará nada.

—¿Y si me da miedo y lloro?

La abuela perdió la paciencia. Toda la voluntad fría y complicada de sus cálculos salió a la dureza de su exclamación:

—Te he dicho que no tienes para qué llorar por Samuel Goldmann.

Sofocada con esta escena inútil, Madame Durand estiraba dentro del coche el chalón escocés, para cubrir las suciedades de los gansos que anidaban sobre sus cojines en la cochera. Se estrellaba contra las cosas, con la misma ceguera empecinada de las falenas en el agua comprimida y volando de la lámpara del gran salón.

—Adiós, Nicky.

El niño no contestó. Había entrado en la fábula del viaje como en otro mundo. Tras ellos quedaba la casa que no echaría nunca raíces. La casa construída sobre la destrucción de los hondos murallones de adobe, crecidos como plantas de la buena tierra. Talados por manos extranjeras, los árboles regionales habían cedido su gran porción de cielo a la fragilidad de los árboles aclimatados en el parque. Aún se veían en el aire, moviéndose como follajes, sus cicatrices verdes y transparentes. Pronunciar sus nombres aborígenes es como morder bayas caídas en el fondo del bosque.

Hectárea por hectárea, la abuela ha ido parcelando su hacienda, para sostener su inveterada manía de los viajes. Sólo un milagro podría salvarla ahora. Y ella no se conformaría nunca, si tuviese que cambiar el brillo de los mosaicos de su casa, por esa arcilla roja y opaca, que se moldea como la carne o la redondez de la tierra.

Cuando el coche traspuso la verja del parque, el aire traía ya la terneza del pasto ácido y la leche pastosa de las vacadas que vuelven al establo. Las gargantas de agua estagnada de las ranas hacían subir hasta el cielo un frío de lama. A través del polvo sordo de la carretera, brillaban las ancas lustrosas de los caballos a la luz vacilante de los faroles. Desde lo alto de los viñedos, las fogatas acres de la tarde parecían tiendas en llamas.

En calma ya, Madame Durand había comenzado a pensar con sus sentimientos; a tenderse trampas razonables, como le ocurría a menudo. Llevaba al niño dormido sobre la falda. Sin explicarse claramente por qué, lo atrajo hacia sí con verdadera violencia.

---

**Señora X.**

**Estimada señora:**

Los años han aumentado nuestro distanciamiento y es posible que no cuente ya ni con sus recuerdos. Sin embargo, mis últimas señales de vida son para la ma-



dre de la que fué mi único amor. No sé cómo he tenido el coraje de sobrevivirla. Nadie sabe mejor que usted, a costa de qué renunciás y de cuánto sacrificio pudimos librar nuestro cariño. Pues nadie contribuyó mayormente a ensanchar los abismos de religión, raza y condición social que nos separaban. Pero ella me amaba. Y le ruego no ir más allá de esta inmensa felicidad, para explicarse, no mi desprecio, sino mi imposibilidad de defenderme.

Estoy seguro de que si ella volviese a vivir, haría lo mismo: huir conmigo. Huir como venimos huyendo los judíos, desde hace veinte siglos. Huyendo sin saber por qué, semejantes a todos los ríos de la tierra. Huyendo de las malas sombras; huyendo de una maldición escrita en el aire por una mano carbonizada, en una lengua que nadie entiende. Créame, llego a tener la sensación de no haber nacido en ninguna parte. Su hija era de mi mismo temple.

Nunca debió salir usted de la casa, señora. Nunca debió abrir sus ventanas al canto del mundo. El viaje es la quietud de los judíos. Y nuestras madres no se detienen ni para tener sus hijos. Pero sin sus equívocos, yo no habría conocido al ángel que fué su hija. Jehová sea loado.

Sin embargo, es necesario que sepa, aunque tarde, que si hubiese existido un solo miembro de mi familia inalterablemente israelita, yo debería haber luchado a muerte con él, para poder casarme con su hija. Llamo "a muerte" la pérdida de la estimación de uno de los míos, pues la brega en común pesa más que las afec-

ciones. Y cuando se ha tenido que inventar una fórmula sospechosa, para poder subsistir en la misma tierra de los hombres, de los pájaros y de las bestias, se está más allá del bien y del mal. Vivimos parapetados detrás de la inteligencia, como en una trinchera. Por eso no hay que extrañarse, si nuestras ideas son a veces disolventes o explosivas.

No le critico sus desórdenes económicos ni el caso omiso que hiciera a mis consejos financieros. Es una cuestión de temperamento. No le echo en cara tampoco la ayuda en efectivo que le procuró su hija con mi dinero; pero le advierto que estoy al corriente de los más ínfimos detalles de su bancarrota.

Mi Dios es demasiado tremendo para pedirle algo en su nombre. Al espíritu del suyo invoco en estos momentos extremos. Porque, si su Dios es hijo de mi Dios de terrible justicia y ha vivido entre nosotros, debe conocer más de cerca que Aquel los decaimientos del corazón. En nombre de El y de su conocimiento humano, le pido que me mande al pequeño Nicolás. Yo no tengo para quince días de vida. Quisiera verlo antes de morir. Lo mecí en mis brazos hace diez años. Era igual a su hija, señora. Si me concede este favor, me iré contento y en paz.

Los médicos me ocultan la verdad inútilmente, pues no le temo a la muerte. Al contrario, la recibo como una experiencia más de la vida."

Samuel Goldmann estaba seguro de no haber pronunciado sino algunas palabras de más en su vida. Obra-

ba o escribía lo incontestable, la cual era otra manera patética de obrar.

Para no interiorizar demasiado a Madame Durand en asuntos de familia, la abuela tejió una historia emocionante alrededor del texto de su carta.

---

Cuando vió el león de bronce que mordía el tirador de la puerta, sin ninguna intención simbólica, Madame Durand se dijo: Debe ser el León de Judá.

Salió a recibirlos una enfermera como hecha de gasa y éter. La casa estaba sumida en una fresca penumbra. De vez en cuando, el viento inflaba las cortinas como velámenes y refulgia un trazo celeste de mar. El ruido sedoso de la resaca llegaba desde la playa, dándole otro sentido a las cosas más usuales.

—Vienen muy a tiempo. Si hubieran llegado mañana, tal vez habría sido demasiado tarde. Nunca creímos que esto iba a terminar tan luego. El señor ha preguntado por ustedes toda la noche.

Náufrago en medio de tantas sorpresas, el niño se aferraba a la institutriz como a una tabla salvadora. Mientras esperaba que la llamaran, a pesar de haberse abandonado por completo a una aflicción casi impersonal de puro humana, Madame Durand tuvo un mal pensamiento: ¿Estaría bajo sus pies o alguna puerta disimulada daría acceso al escondite repleto de tesoros? ¿En este interior de apariencia tan sencilla, detrás de qué muralla se proyectarían las sombras de la balanza de

Shylock y la de la barba aguda del probador de oro, con su frasco de Agua Regia en la garra de una mano?

—El señor les ruega que pasen. Está muy agotado, de modo que les recomiendo prudencia.

El exceso de luz que entraba por el amplio ventanal abierto al mar, impedía la visibilidad como una evaporación resplandeciente. No sin esfuerzo, pudo ver Madame Durand la cabeza alba del enfermo, consumiéndose como un agua ingrávida en la blancura de los almohadones. Irradiaba una debilidad tan suave que el niño se le acercó sin ningún temor. Samuel Goldmann intentó hacerle una seña para que se le aproximara más; pero no logró sino levantar los párpados y dar tal vez una última mirada inteligible.

Sobrecogido, el niño no despegaba la vista del alto bonete del Rabino que musitaba en un yiddish monótono algunos versículos de su enorme Biblia. Madame Durand contemplaba el océano fundido con el sol. El enfermo debió pasar sus últimos días, descansando de su vida nerviosa junto a esta planicie sin ningún vestigio de trabajo humano. Los movimientos finales de su espíritu tuvieron que confundirse en una comunión incesante con las formas libres e infinitas del mar. Un paso adelante y otro hacia atrás. Después de tanto afán, qué fácil es la lectura líquida de las olas.

La enfermera le administraba el oxígeno como un sacramento del cuerpo. Eran los últimos esfuerzos del aire por mantener el soplo que lo ataba a la tierra. Como su vida, la muerte de Samuel Goldmann no pesaba en

ninguna parte. Era como si estuviese sucediendo en el cuarto algo remoto o imaginario.

Un mujer apareció en el umbral y llamó a Madame Durand. Le dijo:

—El señor me encargó ayer que le entregara esta carta en cuanto usted llegase. Yo no hubiera querido hacerlo en estos momentos, pero él me ha dado siempre órdenes precisas. Le repetiré sus palabras exactamente: “Quiero que la lean antes de que yo pierda el conocimiento.”

Madame Durand no pudo sustraerse tampoco al atractivo dominante de Samuel Goldmann. Leyó: “Cuando me vi obligado a emplear durante mi vida las palabras experiencia o sabiduría, creí siempre que no decía nada. Por eso escribo ahora que he tenido la sabiduría de formar un montón de dinero de mi misma estatura. No correré así el riesgo de que me tomen por un muerto inferior a su fortuna. Sin embargo, contraviniendo estos deseos de desaparecer sin dejar rastros, en pago a sus desvelos, dejo a mi secretaria Vera Lifchitz esta casa. Es mi único haber. Mi depósito bancario alcanza a cubrir con diferencia de centavos el total monto de mis deudas.

Nunca dejé de tener una noción cabal de mis responsabilidades; pero las he hallado siempre menores que mis actos. Después de mi muerte, se le hará entrega a mi sobrino Nicolás, el cristiano, de mi colección de objetos típicamente nacionales. Deseo que aprenda a amar desde niño a su país. . .

Sería inaudito que los gastos funerarios sobrepasaran la suma que, en vida, estoy acostumbrado a gastar mensualmente.

Es esta mi última voluntad.

Samuel Goldmann”.

Cuando terminó de leer, Madame Durand comprendió de súbito los propósitos sibilinos de la abuela. Se puso a llorar de alegría. ¡Samuel Goldmann no dejaba un centavo! Y ella recibía como un legado inapreciable, la esencia puramente humana de este hombre desnudo, venido de cualquier sitio, en cualquiera época.

En ese instante, Samuel Goldmann clavó los ojos, inclinó la cabeza y murió como todo el mundo.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

SOY YO, SEÑOR

*"It's me, Oh Lord"*





—¡A tierra!

La revista de la Aduana y Salomón Leví libre ya de las ganas de vomitar. Pero tendrán que pasar muchos días, para que se le vaya de la nariz ese olor a comida y a pintura fresca de la tercera clase. No trae más equipaje que una bolsa de ropa y otra pequeña bolsa, que oprime contra su pecho, mirando a hurtadillas. La brisa engrifa sus cabellos y esponja su barba rala. Apoyado en la barandilla del entrepuente, es un ave de cetrería, con el plumaje miserable y colorino. Su vista de flecha podría recorrer hasta el último escondrijo del puerto.

Baja la escala con miedo y camina hasta la plaza de la Intendencia. A la izquierda, el puerto insomne; a la derecha, la provincia soñolienta. ¿Dónde ir? La noche ha caído y hace frío. Salomón Leví apenas habla castellano y le cuesta un triunfo hacerse entender. Logra al fin que lo encaminen hasta un hotel modesto; pero lo halla demasiado caro. El sabe ahorrar, por instinto, en

los cinco continentes. Y algo más: hacer que se compadezcan de su triste vejez, pagando los servicios con los ojos en blanco. Con su firme voluntad, Salomón Leví podría hacer amanecer antes de las seis. La noche se le llena de encrucijadas y desde hace muchos años lo asalta en la oscuridad un miedo vergonzoso. Ahora está impaciente por llegar a su destino.

Camina hasta el lujoso restorán de la Estación. ¡Cuánta buena comida pierde la gente rica en los elegantes restos de sus platos! Aunque Salomón aprovechara hasta el hartazgo la última cena de a bordo, piensa que podría llevarse de allí una buena merienda para el viaje de mañana. Un poco de piedad, nada más. ¡Ah! nadie se compadece de este triste y pobre inmigrante.

Lo único que le interesa en el puerto es saber a qué hora parte el primer tren para la capital. Allí, entre su gente estagnada, entre los que se cubren de limo por no moverse, clavará sus huesos y tenderá los hilos de su tela. Habrá una lucha de competencias, es claro; pero no cuesta tanto arrebatarse un poco de espacio a los feroces "luftmenschen", a esos "hombres del aire" que se cuelan por todas partes. No obstante, él dispone de tal cantidad de miseria que nada le cuesta sembrarla en derredor. Sólo que, tendido en el inmundo camastro de su casa, el Deuteronomio que combate enérgicamente el préstamo usurario y suprime con una maldición de azufre el préstamo prendario, lo hace llorar sin consuelo. Pero esto le ocurre por idolatría habitual, más bien, puesto que la sonda no halla fondo en su conciencia. Por eso,

con un giro vertiginoso, se absuelve de sus faltas y culpa a los demás.

Una cruz de ampolletas rojas. La hospedería del Ejército de Salvación. Por un peso, se duerme toda la noche en una cama limpia; por unos centavos más, se toma un desayuno que tranquiliza el estómago durante algunas horas. Y si los bolsillos están realmente vacíos, se puede pagar con una sonrisa. Pero Salomón es ortodoxo. El no dormirá al amparo de una secta cristiana. Y aunque lo muerda el hielo, no cambiará una sola moneda sin ganancia. El no dormirá allí. El no dormirá allí, mientras no se agoten todas las posibilidades. De otro modo... ¡Qué va! El espíritu se acomoda en todas partes. ¡Si hasta el cuerpo lo cobija!

¿Avaro? ¿Avaro de qué? Si él no se concede nada; si lo que tiene es como si fuera de otro; si a nadie se le ocurriría pedirle nada. ¿Avaro? Sólo una fisonomía escurridiza de nacimiento, que hará caer siempre cualquier mano tendida; sólo un mal uso del mundo, que podría pagarse más caro que un Cielo. Además, la existencia es relativamente larga. Y se vive en una constante postergación de los mejores deseos, como dándole crédito al infinito. Y hay las alzas y bajas del cambio; las transacciones bursátiles; las letras ahorcadas; las comisiones ingeniosas; las fianzas ingenuas, los negocios curiosos, en fin, un tumulto de ocupaciones para olvidarse del gran temor. Y cuando algunos patricios están a punto de perder su prestigio, tienen que conservarlo, aunque sea a costa de la indignidad. Es necesario ayudarlos. El corazón enrarecido de Salomón Leví

encuentra en ello una válvula de escape. Pero todo en pequeño. Las grandes empresas son como casas sin puertas.

—¿Vamos a dormir, yiejito?

La prostituta le echaba su aliento vinagre y el vaho rancio de su traje de baile. Lo acarició con impudicia, susurrándole al oído algo canallesco.

—¡Respeto a la ancianidad!

Después pensó en su yiddish secreto: "A esta hora, yo estaría bien abrigado en mi cuartito del Havre".

El tiempo vuela. Treinta años atrás, cuando podía sacarse fuego como de un pedernal, habría dormido gratis y las mujeres lo habrían recordado hasta fin de mes. Hace treinta años, en la trastienda de Daniel Cohen, vivía como dentro del cuento de hadas de la campana del Big Ben. Era un mundo fresco de porcelanas azules, de cretonas floreadas y blancas puertas que, al abrirse, hacían sonar sus timbales como una música de aguas. Y estaba Bilba, con sus dientes de puro arroz y sus pechos que no lo dejaban comer en paz. Daniel lo había recogido de niño y la madre Lea lo amaba como al huésped enviado por el Señor. Pero, en aquella época, él habría sido capaz de conducir por mal camino a su Angel Guardián. Pertinaz, solapadamente, se introdujo en los negocios del viejo Daniel, olvidándose en sus manejos de toda gratitud.

—Cuando la gente no es inconsciente, es falsa, se decía Salomón, escondiendo en su boardilla los brillantes finos que se birlaba en las transformaciones de joyas y que substituía por piedras falsas, con una admirable

delicadeza. Pero Bilba, a quién él sedujo a los quince años, lo delató para aminorar su responsabilidad, cuando ya no pudo más con su culpa.

—Los perros siguen a los hombres. Ningún hombre sigue a un perro. ¡Tú los seguirás!

Así lo maldijo Daniel Cohen, su segundo padre.

—¡Te tomarás un trago con nosotros, viejo del diablo!

Y fueron empujándolo hasta la primera cantina. El marinero ebrio se abrazaba al enfermero de a bordo, que le arreglaba la pechera como una madre que le hubiese palpado hasta el grosor de las venas.

Al fin y al cabo, era un trago obsequiado. Aunque Salomón no bebía nunca, no podía rehusarlo. Pero tuvo que acompañarlos hasta muy tarde, explicándose por señas. En unos pocos meses más, Salomón podrá conversar hasta que le duelan las mandíbulas. Les dirá a sus contertulios nocturnos que la sociedad se divide en los **ebionim** u hombres ricos; en los **anavim** o menesterosos. Y que existe una tercera clase, la de los **chassidim** o los justos, a la cual él pertenece por derecho propio y porque es, dentro de su actividad, un equitativo intermediario entre ricos y pobres.

El marinero miró en el espejo del bar la cara de Salomón, con el sombrero grasiento, encasquetado hasta las orejas. Tenía en la barba un pelo crespo de pubis y la montura de oro de los anteojos, sobresaliéndole en el cabellete de la nariz.

El marinero no pudo resistir la tentación. Hízole un nudo con la barba y se marchó sin decirle adiós.

—¡Porque me pierden el respeto, Dios mío! Si hasta los mendigos parecen sagrados. Cuando sea rico, haré castigar sin piedad a los insolentes, exclamó Salomón y salió a la calle.

El frío relente de la noche lo hacía toser. Echó andar, con el firme propósito de buscar alojamiento. ¿Dónde había visto la misma cara de aquel marinero rubio? Fué en Coblenza, la de Wilhelm Kalens, el violinista. Antes de conocerlo, Salomón había desempeñado muchos oficios raros y comenzaban ya a despuntar en su espíritu los primeros síntomas de su actual estado. En aquella época, se improvisó Empresario de Teatro y no lo hizo mal. Wilhelm tenía éxito y Salomón estaba feliz de triunfar a su sombra. Pudo llegar muy arriba, pero su signo ineluctable volvió a manifestarse. Estaba escrito que, mientras viviera, no podría reclamar ni sus derechos; que nunca haría nada grande, sino a despecho de los demás. Sin saberlo, a medida que su orgullo crecía con la fortuna de Wilhelm Kalens, lo roía una envidia virulenta. Por eso, sin comprender bien lo que hacía, obligó a perder el más ventajoso de los contratos. Tal vez quería verlo recomenzar y poner toda su capacidad hasta hacerlo surgir de nuevo, para convencerlo de que no llegaría a nada sin él. Fué una rareza imperdonable, que le costó la ruina y el desprecio del único amigo que había conseguido en su vida.

Absorto en sus recuerdos, Salomón había caminado mucho. Encontróse en una callejuela desierta, completamente desorientado. Debía ser muy tarde. Un policía lo increpó duramente. Aterrorizado, Salomón retrocedió,

mirando el bastón del guardia y dando mil explicaciones ininteligibles. Temblaba como un perro apaleado. Era tanto su pavor que hubiera llegado a confesar un delito que no había cometido. Cuando perdió de vista al vigilante, echó a correr.

—¡Sale youpin! ¡Derty jew! ¡Perro judío!

En todas las lenguas, había escuchado el mismo insulto y creía oírlo a sus espaldas, aunque nadie viniera detrás. Pero, cuando lo escuchaba en realidad, agachaba la cabeza, tomaba una actitud rastrera y desaparecía cuanto antes. En el fondo, él despreciaba a los mentecatos que, por costumbre o por tradición, descargaban contra su raza la bilis de su ignorancia y de su impotencia. La actitud baja y cobarde de Salomón, no era sino la revelación de la inseguridad de sí mismo y tal vez el reconocimiento subconsciente de su vergüenza.

Los trescientos sesenta y cinco días que pasó en la cárcel, por extorsión y chantage, lo harían huir durante su vida, hasta de los cuidadores municipales. Sin embargo, aunque se negó a leer en su celda, por hallar el sitio indecoroso, El Antiguo Testamento que le llevó una dama caritativa de Las "Hermanas de Palestina", haría siempre lo indecible por quedar al margen de la ley, huyendo hasta de su propia sanción.

Aun en su ardiente y dolorosa juventud, habría sido tal vez una pretensión de Salomón Leví, la de querer entroncarse con la línea roja de los perseguidos, de los feroces malditos, de los tremendos rebeldes. Porque Caín, Ismael o Esaú tenían una altiva genealogía del mal, una historia de dragones invencibles o de toros desolla-

dos vivos. No soplaba sobre la frente estrecha de Salomón el mismo viento del desierto que curtió los labios de Ismael, el eterno marcado de Yahweh, ese "asno salvaje". Entre los que fueron y no eran; entre los que llegaron a hacernos pensar en un remordimiento del Cielo, tal vez allí moraría Salomón Leví, por los siglos de los siglos.

En su deshecha senectud, para crearle siquiera un problema, si no puede ser su conciencia, qué alta voz le gritará en una plaza pública:

—¡Fuera de Israel, perro sarnoso! ¡Alimaña infame, no ensucies con tu carroña el campo limpio del pueblo más sufrido! ¡Apártate adonde no te vea ni Dios! ¡Límenle los grillos a los asesinos, porque ellos son más que tú!

Amor, no otra cosa que amor. Pues sus días son insensibles y no conoce el reposo, donde la vida se lee como en una cisterna. Aire del amor, porque el bulto de su miseria, a veces se transparenta y muestra una pobre alma, pidiendo el mismo sustento del cuerpo. Fuerza del amor, para que el espíritu destruya su razón contrahecha, aunque lo enloquezca. Bondad del amor, para que se reconozca entre los hombres y ame.

Las cinco de la mañana. ¿Para qué acostarse? El tren para la capital sale en tres horas más. Salomón se alivia de un gran peso al saberlo. Pero, en una hora, cabe el largo pasado, como toda la vida en el minuto de la muerte.

Extenuado, Salomón se sienta en un banco. Tiene frío, un frío en los huesos que nadie podría entibiar. Aun-



que los párpados se le caen, no se atreve a dormir. El sueño entrega en poder del enemigo. Apoya la cabeza en el respaldo, se olvida un instante de sí mismo y sucumbe en un abandono que transfigura su rostro y se lo vuelve emocionante de humanidad. En este momento, hasta acercarse a él con piedad sería un acto brutal.

En otras ocasiones pasó también la noche, entumecido en un banco. ¿Hace cuántos años?

...Una masa de aldeas lynchadas. Ladijenka, Tro-tianetz, Stepanitz-Afner, Fastov, Rossava, Proskurov... Las hordas de cosacos zaristas entraron en ellas, masacrando, robando, violando niñas y niños judíos. Eran los espantosos días del exterminio, en que la tierra de Ucrania chupaba la sangre de Israel; en que la fiebre del paludismo antisemita, latente en tantos pueblos, había hecho estallar los termómetros. En vano el Arzobispo de Londres y Víctor Hugo, con su poética filiación hebrea, presidieron un inmenso desfile de protesta. El resto de Israel, como siempre, no estaba allí para recoger aquel calor de acercamiento y solidaridad humana. Huyendo hasta de su sombra iba, con su carrera de tímida y agria liebre. En vano, en vano...

Salomón lo recuerda con horror. Fué en Kiev, donde sus hermanos judíos gritaban de espanto, estremeciendo las casas desde el primero al último piso; donde los lamentos de su familia, con esa atroz energía sacada del centro mismo de la tierra, habrían demolido las casas, si las bayonetas no les hubieran rebanado las gargantas.

¿Cómo huyó de aquel infierno? Salomón no ha podido saberlo hasta hoy. Vagó durante meses, comiendo sobras y durmiendo en los bancos de las plazas. No obstante, aquella debió ser su hora, el fin prematuro de su tiempo sobre la tierra. Mas el hombre es libre ante toda manifestación de lo invisible.

Salomón Leví no adivinaría jamás que su Guehenna, que su infierno viviente, que el tránsito de su condena, había comenzado desde aquella fuga, desde aquel rechazo de morir con el alma intocada, ya que las pasiones no lo harían crecer con su abono. Salomón Leví no lo sabe, porque ni a quererse a sí mismo ha aprendido; porque hasta su conocimiento de Dios es una cuenta mal sacada.

En medio de su infortunio ¿cuántas veces caerían a sus pies los frutos maduros de la bonanza, sin que él pudiera verlos?

Elías, su hermano menor, huyó también de Kiev aquella noche apocalíptica. Pero él es otro ejemplo. La tragedia, como un carro de fuego, lo aisló en la cima de su espíritu, donde el aire es tan puro que embriaga como un vino. En Bronks, cortando mangas y viendo mangas hasta en las nubes de Nueva York, Elías morirá en paz. Por causa de él, no odiarían a los suyos, como por causa de un hombre se suele odiar a la humanidad.

"Prohibida la entrada". Es la única razón para entrar. Salomón atraviesa entre altos de pasto aprensado y de sacos con las orejas atentas al menor ruido. Cautelosamente, va siguiendo a un perro para no caerse. En la víspera del amanecer, el mar despidе una emanación

tibia. Salomón barre con los pies el carboncillo del suelo, para sentarse. Reclina la cabeza en su bolsa de ropa y el sueño lo vence. El perro le lame la cara y se echa junto a él. Pero no alcanza a dormir mucho, pues el fuerte temblor de los calofríos lo despierta de golpe.

—¡Me voy, me voy a un hotel!

Tras los alambres de púa, los vagones vacíos se pueblan de sombras viajeras. Salomón intenta pararse, pero ya no tiene fuerzas. Una espada lo atraviesa del pecho a la espalda. A su lado, el perro se pone a gemir como un ser humano. La temperatura, en su grado extremo, no lo hace perder el conocimiento, pero lo postra como un trozo de plomo. Rojo, rojo detrás de los ojos; rojo el fragor del mar y los aullidos del perro más rojos. No debe ser este el Infierno, porque lo invade de pronto un inmenso bienestar. Es como si flotara en el éter, hasta perder el sentido, sobre la almohada de un oleaje suave. Y hay una difusa luz de mar amanecido, fluyendo detrás de los párpados. Y tiene que ser éste el Cielo, porque Salomón Leví cree que lo merece.

Cuando el sol evapora sus últimas gotas de agua y se ha despegado por completo del horizonte, sube el sonido del día y pueden verse los pescados muertos que la noche arroja a la playa.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

LA CASA PROMETIDA



Había comprado radio, refrigerador, cocina, plancha eléctrica, automóvil a plazo. Hacía las operaciones y las componendas con mucho ojo, pues su crédito se barajaba entre avispas del mismo colmenar. Tenía pocas acciones comprometentes y muchas pequeñas participaciones en negocios volantes. Era al mismo tiempo deudor y acreedor en la hermandad industrial y supervigilante de Judá. Podía decirse que Efraín Ivovich había salido a flote.

Judith, su mujer, estuvo muchas veces por cortarle la cabeza como a Holofernes a medianoche; pero se levantaba de madrugada, convencida de que el comercio al por menor tenía mayor interés que una desavenencia conyugal insubsanable. He aquí cómo se convirtió, con el transcurso de los años, en el brazo derecho de Efraín, mientras era prácticamente su azote con el izquierdo. Como la urgencia había ensamblado sus destinos por fuera, no le profesaban un horror tan serio al vacío.

En verdad, Efraín no era un hombre inteligente. Sin embargo, sus negocios prosperaban. Es que no les con-

cedía tan sólo tiempo y cuidado, sino amor; ese furioso e idéntico amor que la mayoría de sus colegas consideraban la coronación de sus esfuerzos. En un comienzo, esta zona económica de su vida afectiva tuvo un sinnúmero de feas alternativas; pero fué ennobleciéndose a parejas con el éxito. Durante el período de las vacas flacas, su honorabilidad estuvo en razón directa a la competencia; la calidad de su mercancía fué inversamente proporcional al consumo y su avidez a la medida de la imprevisión ajena.

Como su peletería había alcanzado el honor de dos sucursales, a pesar de haberse perfeccionado en el ramo hasta el punto de hacer maravillosas composturas e imitaciones, Efraín ya no confundía, por distracción, el conejo con la nutria. No significa esto que hubiese perdido el instinto de saber dónde salta siempre la liebre y de descubrir la debilidad mercantil, amalgamada muy a menudo con los sentimientos más decorativos de la humanidad. Efraín no ignoraba que cada hombre tiene su precio, pero desconocía aún el delicado arte de ofrecérselo. En el fragor de la lucha, no había sido muy observante del Sábado, mas la solidez de su establecimiento lo había llevado hasta la Adoración de los Carios y al ayuno más estricto. Efraín no estaba bien seguro de que este temor religioso no proviniera del bienestar de sus setenta y cinco kilos. Si llegó a comprar un libro con tantos aspavientos, a nadie la extrañaría que, con el correr del tiempo, Efraín no pudiese permanecer impuro hasta la tarde y tuviera un carneador propio, como salido de la higiene intransigente del Talmud.



Efraín tropezó, por cierto, con algunos inconvenientes más o menos considerables en el seno de su familia. Primeramente, no pudo conseguir que su hijo Rubén fuese de su misma pasta. Porque el muchacho ni siquiera se le parecía en lo físico. Rubio, pálido, hermoso como el Angel del peligro que envió Elohim a las ciudades malditas, era cínico y vagabundo como un narrador de cuentos orientales. No tuvo paciencia para estudiar y vivía en la atmósfera tórrida de su adolescencia, como tendido a la sombra de un oasis. Su boca húmeda y demasiado roja le ponía los nervios de punta a Efraín. Además, Rubén, era derrochador y se robaba carteras en la tienda, para repartirlas entre los cristianos que iban a dejarlo a casa al amanecer. Efraín no se explicaba de quién había heredado su hijo aquella finura inútil y aquel dón inaudito de convertir la ociosidad en un quehacer abrumador.

“Soy las doce o soy la una y media”, decía en medio de su familia incomprensible. Una noche sacó del garage el auto de la réclame y anduvo gritando en el alto-parlante, por el barrio de las prostitutas, que Mahoma era Dios y Alah su Profeta. Otro día dijo a la hora de comer que él fumaba opio. Aseguró que hasta ese momento no había tenido visiones muy celestes, porque vomitaba los sueños toda la tarde. Efraín no supo si su hijo mentía, pero se le descompuso el estómago y le dió una tunda de garrotazos. Después de esta escena, lo mandó a Buenos Aires, a trabajar de mameluco en el taller eléctrico de su cuñado Abrum Marcovich.

La hija Ruth, que llevaba en los cabellos su mejor colecta de espigas, le proporcionó también más de algún quebradero de cabeza. Es cierto que su educación dejó mucho que desear. Hasta cerca de los doce años anduvo debajo del mostrador como una rata blanca. Por eso le costó a su madre un largo martirio enseñarle las primeras letras. Pero parecía que Ruth no necesitaba, como la mayor parte de las personas, salir de la ignorancia. La completa oscuridad de su espíritu contribuía más bien a prestarle cierto encanto, pues era dueña de una sabiduría corporal, comunicable con el menor ademán. Irremisiblemente, tuvo que hallar un amante el mismo día que se puso medias largas. Fué un muchacho judío, con un extraordinario parecido a Disraeli. Salvo que éste usaba corbata encarnada y tenía una biblioteca marxista, más repleta de pólvora que el Instituto Smolny. El día en que Ruth manifestó de sobremesa que era revolucionaria, su madre la llamó a la cocina y su padre siguió leyendo los Avisos Económicos. Pero el muchacho se aburrió muy pronto. Ella quedó encinta y con el enigma de la palabra superestructura en la punta de la boca. Entonces huyó de la casa. Sus padres no pudieron explicárselo durante mucho tiempo. Hicieron lo indecible por hallarla, pero en vano. Es posible que Efraín no hubiera sufrido grandemente, pues en aquella época estaba muy ocupado. Cuando recibió la carta de Ruth, fechada en Bucarest, en que le contaba que habían vuelto a abandonarla y que no pensaba regresar, entonces blasfemó:

—¡Que no castraran al par de puercos el día de su circuncisión!

No obstante, desde aquel día, Efraín dejó de trabajar para sí y vió la cara de sus hijos en cada moneda que le caía a la caja. Estaba convencido de que Ruth volvería. En su juventud, había tenido trato con más de una prostituta judía. No sólo añoraban el hogar con los ojos llenos de lágrimas, sino que estaban seguras de poder traspasar de nuevo su umbral bendito, cuando ya no fueran una carga. Nadie les preguntaría nada, y por el solo hecho de volver, las considerarían ya purificadas. Y así tuvo que suceder. Ruth volvió una mañana y hubo fiesta en la casa.

Efraín se embobaba mirándola atender a la clientela. Si los viajes no la habían vuelto más hábil, revelaron en ella lo esencialmente plástico de su alma judía. Había ganado en flexibilidad y tenía ahora una verdadera distinción internacional. Hasta su exceso de pulseras y de collares, dábanle ese rango imponderable y aquella dignidad de diosas ofendidas que tienen las prostitutas en Oriente.

Más que el pan ácimo, que el cordero puro o que su límpida visión del Siloé, había torturado a Efraín el sueño de una casa, cuyos heridos horadaban su corazón; cuyas murallas, como las de los gentiles de Jericó, llegaban al Cielo. Ahora podía considerarse un hombre feliz: la había comprado. Por las mismas calles que recorrió en su juventud, vendiendo agujas y hojas de afeitar, se paseaba ufano, observando las casas, como el que se compra un par de zapatos y comienzan a in-

teresarle por primera vez los zapatos de los demás. ¡Ah! ni en el Arca de Noé habría cabido la profusión de cosas que Efraín elucubraba para su casa. Sin darse cuenta, su mujer hablaba con cierta trascendencia, cuando le decía:

—Efraín, es como si hubieras comprado una ciudad...

.....

Habían salido a pasar el domingo en el campo. A la sombra saludable de los eucaliptos y de los pinares. Efraín hacía ejercicios respiratorios, aprovechando así hasta el último átomo de oxígeno. Aunque no sentía ya ese pegajoso olor a curtiembre, los perfumes campes- tres lo hacían soñar con una vida de égloga. A su mu- jer no le gustaba la naturaleza y se quedaba dormida fácilmente. Era hija de campesinos y lo había pasado muy mal. Ruth preparaba la merienda y desaparecía bosque adentro con sus amigos.

Como la temperatura estaba deliciosa, regresaron más tarde que de costumbre. Efraín dejó el auto en el garage y se fueron caminando hasta la casa, cargados de canastos. Estaban ya por llegar, cuando escucharon la campana de incendio. Llenaba el cielo de un luto pesado y rojizo. Sonaba como dos mundos dando tum- bos o como el campanario de una aldea sumergida, en las noches de mar brava.

—Qué trágicas son las campanas de incendio, dijo un amigo. Parece que nos anunciaran una desgracia per- sonal que nada tiene que ver con las llamas.

—Lo que no hace el fuego, lo hacen los bomberos, sugirió Judith.

—A fin de año comienza el negocio de los incendios. Por el número de toques, éste debe ser bastante lejos, añadió Efraín.

Pero, al doblar la esquina, divisaron las bombas y un gran gentío apelotonado frente a la casa. Efraín echó a correr. Quiso romper los cordones, gritó, suplicó:

—¡Señores, si es mi propia casa!

Pero no lo dejaron atravesar la calle. La atmósfera estaba caldeada. El fuego no salía al exterior, pero las llamas aparecían y desaparecían como lenguas diabólicas tras de las ventanas. Los potentes chorros de las mangueras hacían crepitar los materiales al rojo. El humo negro salía por todas las rendijas y la calle se llenaba de charcos enrojecidos. De repente, reventó la vidriera de un bow-window y hubo un chisporroteo que sonó como un petardo. Efraín oyó después un crujido sordo y plúmbeo, como de algo que se desfonda. Su mujer y Ruth contemplaban atónitas la quemazón, sin querer dar crédito todavía a aquella pesadilla. Efraín tenía los ojos fuera de las órbitas.

—¿Quién ha quemado mi casa? Yo lo averiguaré todo. Todo lo sabré. ¡Dios de Jacob, me quemó sin seguro!

Después, como si hubiera recibido una inspiración, le gritó a Ruth:

—Corre a la tienda. Algo está pasando allí también. Hay dos abrigos de armiño que valen una fortuna.

Efraín pensaba que su desgracia y su ruina tenían que ser totales. No concebía un mandato del Cielo que no fuese absoluto. En medio de su desesperación, se encaró contra el público:

—¡Lindo espectáculo para la tropa de ociosos!

Las bombas salieron a toda velocidad, atronando las calles con los lamentos de sus sirenas desgarradoras. Era como si dejasen detrás una catástrofe acarreada por ellas mismas. El olor de los escombros remojados iba poniéndose cada vez más desagradable. Efraín no estaba aún en su sano juicio. Caminaba, balbuceaba, gesticulaba. Desde lejos, vió que las llamas no habían tocado el garage. Corrió hasta allí y quiso reavivar el fuego, arrojándole fósforos prendidos a un tambor de bencina. Sólo el llanto enloquecedor de su mujer logró hacerlo desistir. Sollozando sin ningún respeto humano, se sentó en la escalinata de la entrada ¡Qué cosecha de dolor para desgarrarse las vestiduras habrían tenido sus abuelos aquella noche! ¡Cuánta ceniza para cubrirse los cabellos!

Otra vez camino del hotel, encorvado como un anciano, le decía a la mujer, en un tono dolido y enternecedor:

—La casa prometida... Nuestra pequeña Tierra Prometida... ¿Estará escrito que no la veamos nunca?

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

ORO DE BETHLEM





Hasta aquí llegan hombres de todo el país. Vienen a buscar oro o salud los del valle central; trabajo y aventura los náufragos de las selvas del sur; calor y horizonte el hombre ártico y pequeño de los archipiélagos. Pero vienen al Norte los más fuertes o los que van a crecer de viejos, porque el desierto es un antiguo mar bravo; porque el mar es el principio y el fin de todas las cosas.

Parece que la tierra es redonda y no muy grande. Puesto que Exequiel Brener ni siquiera estaba cansado y tenía la sensación de no haberse movido de China, cuando bajó del ferrocarril en este rincón perdido de Chile, hace treinta años. "Pueblo Hundido", rezaba el letrero de la Estación. Exequiel contempló el caserío encajonado en el horno de las montañas y tuvo sed. Llegó hasta el sequión que franquea la entrada del pueblo y miró correr el agua. Era un líquido cobrizo y bituminoso que traía su veneno desde un lavadero de metales. Después atravesó la calle principal, sin saber que llevaba un espejismo en cada lechuga de su cesta de provisiones. Al otro lado de la línea del tren, el azul

flúido de la tarde reflejábbase en la inmensa costra de la pampa, como en las más puras aguas.

Exequiel durmió en el hotel de Wang-Li, pues en el otro, en el que quedaba entre la muela descomunal del flebótomo y la gran bota de palo del zapatero, había un asesino escondido. Aunque Exequiel traía su derrotero, pasó una mala noche, porque se le habían pegado en los oídos las conversaciones de los mil Aladinos de la minería que viajan con sus lámparas maravillosas en los trenes del Norte. Sin una queja, su mujer soportó el pestilente hedor pantanoso de los arrozales y sufrió las consecuencias de una manga de langostas en Manchuria, pero no hizo aquí sino llorar desde su llegada. Presentía que no iba a caer sola en este hoyo sin fondo.

Exequiel se levantó de alba en busca de su cateador. Había una camanchaca arrastrada, que lamía la cara con su vapor helado. Exequiel contempló el grupo de casas, reunidas para no decirse nunca nada. Hizo después la diligencia de las mulas y volvió al cabo de una semana, barbudo y sonriente.

Exequiel Brener había profesado en cuerpo y alma en la fabulosa orden de la minería. Y así se incorporó en esta falange de termitas hasta la hora de su muerte. Sacó oro a montones, pero volvió a enterrarlo en las mismas cavernas de sus vetas vaciadas. Porque no hay mujer ni concubina más insaciable que la hidra de las minas. Los cerros del Norte están huecos y la voz resuena en sus entrañas como en una catedral. Pero casi todas las negras cuevas de las boca-minas, que se descu-

bren en los montes azafranados o de ese rosa áureo que tiente, dan también al filón perdido, donde habita el ánima en pena de un minero.

Allí, al pie de su Dorado fascinante, murió Exequiel a causa de un derrumbe. Allí murió su mujer, intoxicada con las conservas, soñando con una chacra anegada. Allí nació y creció Volodia, como el milagro de esos cactus llenos de agua, en medio de los líquenes chamuscados y de las tierras brillantes de sílice. Pero el delirio se traspasa y satura la sangre como el oxígeno. Volodia no emigró al Sur. Entre la peonada de un enganche, llegó hasta las salitreras. Aquellos mantos inextinguibles de riqueza, cuya materia depurada se derrama por la tierra, nutriendo como un buen espíritu el poder mismo de la naturaleza, lo atraían desde niño. Pero qué vida infernal se llevaba allí, apretada entre la placa candente del cielo y la corteza de la tierra. Parecía que todas sus potencias se comprimían en el collar de fuego de su garganta seca. Y cuando vió estallar la mano en que se había atado un cartucho de dinamita el compañero que no ansiaba sino beber más aguardiente con la plata de la indemnización, Volodia arregló sus cuentas y regresó a Pueblo Hundido. Allí lo esperaba, por lo menos, el infierno de un sueño propio.

Como siempre, la polvareda era el único tráfico en el largo callejón. Sólo los muros calcinados de las casas mostraban el avance de su lepra. En medio de sus pots de porcelana floreada, muerto de aburrimiento, el boticario seguía dopándose de cocaína como un animal. Muy a las pérdidas, pasaba un automóvil y mataba una

de las pocas gallinas de la localidad. Una cancha de rayuela reemplazaba allí el espectáculo de la iglesia y del teatro que ostentan cualquier villorrio. De noche, el viento trasportaba en volandas una plancha de zinc y columpiaba los faroles a parafina. A veces caía un vendedor viajero y causaba cierta alarma en aquella población que no alcanzaba a engendrar siquiera los defectos de una pequeña comunidad humana. ¿En qué hora muerta y para qué habían construído ese lamentable kiosko de la música?

Los sábados bajaban los mineros con los bolsillos llenos. Bajaban acorazados de un silencio subterráneo, que sólo se rompía en una violación o en una riña. Al hediondo galpón de las ramerás viejas iban a dar todos en tropel. Entre la infección profunda y el olor de los cosméticos baratos, se desplomaban en su borrachera de piedra o de corvo ensangrentado.

Volodia volvió a la mina abandonada de su padre. Acarreó con unos cuantos hombres el metal de baja ley de los desmontes, y obtuvo el dinero suficiente para viajar al Sur. Pensaba abrir otra galería de tentativas en el socavón de la mina.

Para los mineros pobres del país, el escaso metal rico de sus pedimentos, es el pan inmediato, la oscura cosecha de piedras que se trueca por alimentos. Para Volodia, a pesar de su miseria, una mina sería siempre el túnel que conduce al dominio del mundo.

¡Ah! cuánto había deseado cortar una rosa fresca, aunque fuese en un paseo público de una ciudad del Sur. Volodia cortó su rosa y conoció a Brana.

Brana no se movía nunca de la casa, pero estaba esperándolo en la puerta aquella tarde. Husmeaba el aire, moviendo los globos de los ojos, como una vaquita nueva en su primera preñez. Iba y venía, con la cabeza gacha y las manos en el vientre, dilatado hasta la desesperación.

Volodia tal vez lo ignoraba, porque ella no se lo había insinuado, sino muy veladamente. Además, su cintura no estaba tan notoria y él debía pensar en cualquier trastorno propio del sexo, cuando ella huía de su contacto ardiente. Para qué iba a preocuparlo, si las cosas de Dios son tan simples.

Rendida, sintiendo un peso tibio en los senos y esos golpes de carne entrañada en las paredes del vientre, Brana se sentó en el umbral. Ella no hablaba nunca y tenía una gran amistad con la tierra. La seguían los animales más bravos y no había grano plantado por sus manos que no floreciera. Como un viejecito curioso y barbón, todas las mañanas bajaba del monte un chivato, a darle cariñosas cornadas. Cuando amanecía contenta, Brana abría mucho los ojos, como si quisiera decir algo. Volodia ya se había acostumbrado y no le daba más réplica que su cuerpo indomable. Brana no hablaba nunca, pero esa tarde habría querido gritar en el despoblado cualquier nombre de mujer o de hombre.

Con sus botijos de barro y su pregón, venía llenando el aire de lluvia un aguador. Cuando lo vió atar frente a la casa su asno terroso, Brana creyó en un presagio.

Temprano y con una inquietud incomprensible, bajó Volodia de la mina. Con toda la gravitación del monte en un hilo, de la ingeniosa resistencia de los soportes de madera, dependían la seguridad de las bóvedas y su vida todo el día. Habló fuerte y respiró con avidez. En la hondura rocosa y dentada de los piques, su voz era la de un enterrado vivo durante la faena. Y había un polvillo desprendido de los terrones al caer en las vagonetas, que le escarbaba la garganta como una pluma fina.

Brana no corrió a abrazarlo. Se paró con dificultad y le hizo una seña temblorosa. Todo ocurrió después en silencio. Volodia apoyó la cabeza dulcemente en el vientre de su mujer y lloró de alegría. Fumó más que nunca aquella tarde.

Pero, cuando Brana lo impuso de que la vieja comadrona del lugar había muerto y que sólo quedaba un partero de animales, Volodia se desesperó.

—Ya no hay tren hasta el Martes, vociferaba.

Después le preguntó a Brana, con una ingenuidad y una suavidad de lágrimas:

—¿No podrías esperar hasta mañana?

—No.

—Pero yo no quiero que tú te mueras ni que mi hijo nazca aquí.

—Ensillemos entonces la burra y vámonos al pueblo vecino. Allí hay de todo. Creo que, andando despacio, alcanzaríamos a llegar.

Volodia hizo del lomo punzante de la burra casera un cojín tan blando, que Brana sonrió en medio de

sus dolores. Cogió en seguida el bastón ferrado para subir cerros, tomó la rienda y salió del pueblo con su mujer. Iba feliz, entonando el Kol-Nidré que le había enseñado su padre. ¿No serían tan fuertes los deseos de darle otra vida a su hijo que el destino llegaría a torcerse con esta huída?

La noche había caído cuando llegaron al límite del desierto. Atrás quedaron los cactus como candelabros de siete brazos; los cárdenos y amarotados yacimientos de hierro. Hicieron un alto para beber. Pero Volodia no pudo advertir que su mujer tenía la cara desencajada y que se aferraba al testuz de la bestia, por no gritar del dolor de las convulsiones. Debían cruzar en diagonal este extremo del desierto. Les quedaban todavía dos horas de camino para llegar a la aldea.

La media luna ya había comenzado su egira por el cielo lechoso de estrellas. Las dunas modulaban su blandura en la mudez de las sábanas de arena. El viento había impreso en ellas sus pies diminutos e incontables.

—Volodia, ya no puedo más.

Desconcertado, con un temblor en todo el cuerpo que no podía dominar, Volodia la bajó de la burra, murmurando las más extrañas palabras de amor. Parecía él la parida. Extendió su manta en el suelo y allí se echó Brana a la buena de Dios.

Las convulsiones fueron volviéndose cada vez más insoportables. Y cuando el sacro y la pelvis, como un alicate de hueso que se abre lo justo, hicieron su maravilloso juego para expulsar al niño hacia la luz, Brana dió un grito sobrehumano. Lleno de una ternura enlo-

quecida, Volodia recibió a su hijo y atendió a la madre. Con su misma cuchilla de trabajo lo desunió de su carne. Brana sonreía con el niño en los brazos. Ahora hablaba mucho y muy despacio, como si su fruto le hubiera traído el don de la palabra.

Como en los tiempos en que errara la esclava Agar por el desierto, cuando la tierra estaba más cerca del Cielo, Volodia le hablaba a Dios, cara a cara:

—¡Cuidado con mi hijo y con sus hijos, Señor!

Lo miraba pegado al pecho de Brana y miraba hacia lo alto. El cielo estaba claro como un horóscopo. Su hijo, nieto y biznieto de judíos, había nacido en pleno desierto. Qué no haría por borrarle de la frente ese espantoso signo de soledad.

No más hambre ni sudor para él. No más oro desentrañado de la tierra y pagado más caro que un robo. Un pozo de agua sonora; leche como la leche de sus dientes; aceite para unirlo como a un rey; sombra de greda porosa; zumo oloroso de toronjas; higos de miel bermeja y cuajada; vides para sus noches de amor y su sed de acosado jabalí. Todos los prodigios que traen los hijos para su hijo.

Volodia y Brana soñaban cuando los sorprendió el sueño. ¿Los vieron durmiendo o vinieron los animales a calentar a su hijo con el aliento, como a aquel otro niño judío, perseguido acabando de nacer? ¿Voló un ángel alrededor y quiso hablar el buey?

Cuando despertaron, el día estaba presente y perfecto como un salmo.





## INDICE

	Pág.
	———
Noche de los judíos.....	9
Abel envejece algunas horas.....	21
El pequeño maestro Ben.....	39
Se hacen cortos los días.....	49
El leproso de Uz.....	61
Nuestra hermana Noemí.....	75
Jessica .....	89
En la muerte de Samuel Goldmann.....	105
Soy yo, Señor.....	117
La casa prometida.....	131
Oro de Bethlem.....	141